THE ARMY MEDICAL LIBRARY, Washington, D.C.

NUESTROS MEDICOS

POR

B. ESCOBAR.

HABANA

TIPOGRAFIA DE «LA LUCHA»
CALLE DE O-REILLY NUM. 9
1893

Al Doctor

D. Manuel V. Bango y León.

Testimonio de adhesión, cariño y simpatía, de su discípulo

El autor.

PROLOGO

Hace muy poco tiempo, hallándome en uno de esos pueblos de Cuba que llaman *de temporada*, en que unos van en busca de la salud y otros del entretenimiento, pude observar, en la mesa del hotel donde comía, el curioso contraste entre las grandes atenciones de que era objeto un notable médico que figurará, sin duda, en las páginas de este libro, y la general indiferencia que rodeaba —si así puede decirse—al pobre cura.

El Padre Juan—creo que este era el nombre del buen sacerdote—se ha distinguido siempre por la templanza de su carácter. Refléjanse en su rostro los sentimientos del buen pastor y la tranquilidad de la conciencia. Su vida es de intachables costumbres. Su conducta le ha captado el amor de sus feligreses. Y sin embargo, allí, entre tantas señoras que asistían á sus misas, entre tantas devotas y tantos creyentes, el Padre Juan era una figura secundaria, mientras todas

las miradas y todas las finezas se dirigían al médico. Yo me acordé de la frase de Renán: «en el siglo XX el médico será sacerdote.»

***

En otros siglos los curas y las monjas llenaban las casas de los enfermos. El médico—personaje que no gozaba de un prestigio tan grande,—bajaba modestamente de su mula, era conducido por los criados como un barbero, y si á fuerza de pócimas, fundadas en algún latinajo de su Hipócrates ó su Galeno obtenía, algún resultado, la gloria se la llevaban los rezos y reliquias de la gente de sotana. Nunca me olvidaré de la impresión que me causó la lectura del relato de una de las primeras operaciones del trépano que se hicieron en el mundo, realizada por el ilustre Vesalius, en aquel imbécil que se llamó el Príncipe Don Cárlos, y que, como buen Austria, epiléptico y medio idiota, no merece los honores de la leyenda inmortalizada por el génio de Schiller. El Príncipe, persiguiendo alocadamente á una buena moza, dícese que cayó por una escalerilla de palacio, pegándose golpes tan fuertes que lo dejaron moribundo. Vesalius lo salvó y Felipe II atribuyó el hecho á los milagros de no recuerdo que santo y á las generales rogativas de las iglesias de España.

***

Los Doctores de quienes se ocupa esta obra, no correrán hoy el peligro de que obtengan sus triunfos ese resultado, sino entre gente muy indocta, cuya opinión no debe preocuparles. Tampoco correrán el de los ataques airados de un Petrarca ó la zumba de un Molière, porque el

crédito de la medicina — no se yo hasta que punto tan merecido — está por encima de todo eso. Pero su mal ¿por qué no decirlo? está en sus mismos compañeros. No hay peor enemigo del médico que el médico, porque *no hay peor cuña que la del mismo palo.* Aquella caricatura de Hogarth que pinta á los dos doctores tirándose los pomos á la cabeza, mientras la enferma se muere abandonada en un sillón, tiene un fondo de verdad que la inmortaliza. Yo no sé por qué; pero es lo cierto (y puedo decirlo por propia experiencia) entre los abogados existe el espíritu de compañerismo. Los médicos no lo conocen. Para no hacerse — hay sus escepciones como en todo — una guerra cruda, necesitan ser, personalmente, muy buenos amigos.

***

Al Dr. Bernardo Escobar, el oportuno y chispeante médico-literato que se ha propuesto retratar en este libro á varios de sus más afamados compañeros — lo conocí hace varios años, cuando yo era un niño y él casi un jovenzuelo. Ambos teníamos entonces furiosas aficiones literarias y acudíamos á *La Discusión*, periódico que se redactaba medio en castellano y medio en mandinga, bajo la dirección afortunada de D. Adolfo Márquez Sterling, en solicitud de que nos publicaran nuestras producciones, dirigidas generalmente contra los artistas de alguna compañía de ópera ó drama. Èl era más afortunado y á veces solían imprimirle, suscritas por *Fra Diávolo*, sus crónicas de teatros. Yo — como revelaba tanta falta de experiencia en mis trabajos — no obtenía esa fortuna; pero el bondadoso Escobar

se encargaba de *dorarme la píldora*, buscando siempre alguna disculpa á la redacción del periódico, sin amenguar las que él llamaba «bellezas» de mi estilo. Hoy, que tan cansado me encuentro ya de esta dura tarea de escribir para el público, sin otros beneficios, fuera de la material remuneración de mi trabajo, que mil disgustos y mil compromisos de todo género ¡cuánto daría por tener el don maravilloso de *lanzar hacia atrás los años*, como cantó el poeta y volver á los tiempos aquellos en que la publicación de un artículo en el periódico de Márquez Sterling, era para *Fra Diávolo* y para mi, un verdadero acontecimiento!

***

La primera vez que volví á encontrarme con mi talentoso amigo Bernardo Escobar—que es ya un médico grave de sólida reputación—me anunció este libro y me pidió este prólogo. Apenas he podido conocer á *Fra Diávolo* en estas páginas, tan llenas de donosura, de ingenio y de buen estilo. Las cualidades que entonces se anunciaban en el escritor, ya están formadas. La vocación es la misma y esta es una prueba elocuentísima de que las vocaciones son invariables.

JUSTO DE LARA.

PREFACIO.

Queda prohibida la entrada á los críticos. Se suplica el silencio. No escribo este libro para los críticos. Esta es una obra para los de casa. Médicos, estudiantes de Medicina, han de leerla. Confío en que no serán muy exigentes respecto á la forma. En cuanto al fondo, la cosa varía. Sé que mi librejo levantará alguna que otra *ampolla*; conozco que mi temperamento nervioso me hará ser pródigo con algunos; apasionado hasta la benevolencia con otros; á veces, duro y cruel. Si pego, no es por ódio; ménos, por envidia. Vivo léjos de Babilonia, y el mar, cuyo aire respiro, si templa el alma para la vida, hace fácil la lucha por la existencia. La pasión política no manchará mi pluma. No creo en Tirios ni Troyanos. Y me repugnan los médicos que hacen política. Me parecen saltimbanquis. La Patología no deja tiempo para votar, ni la clientela permite ir al Club.

He procurado hacer artículos cortos.

«El País» es el diario mejor escrito de Cuba. Sus editoriales me resultan enojosos, cuando son extensos; á veces se me cae de las manos sin po-

derlo evitar. No me conviene que estas semblanzas se caigan de las manos del lector.

A los susceptibles, una advertencia.

Mis alusiones no son personales. Los médicos nos debemos al público. En mis juicios sobre ellos formo parte de ese público, cuyos errores censuro á mi vez. Si mi libro se vende, procuraré hacer una segunda edición correjida y aumentada. Entonces haré justicia y salvaré omisiones. Bien entendido que los que alardeen de guapos no conseguirán nada. A las arrogancias, opondré el desden; á los insultos, el desprecio. A los procaces, no he de contestar.

Queda prohibida la entrada á los críticos; y les pido perdón, pues no les regalo un ejemplar. Suprimo los envios gratis del libro, porque así hemos convenido mi editor é yo; porque no quiero que se figure nadie que le pido un juicio lisonjero; porque no escribo para regalar, sino para vender muchos ejemplares.

Entiéndase que no tengo pretensiones, repito, de hacer una obra literaria.

Escribo al correr de la pluma; no corrijo lo que escribo; y carezco de condiciones para manifestar artísticamente el pensamiento por medio de la palabra. No aspiro á la gloria; me conformo con distraer al lector.

Solo un ejemplar de mi libro merece dedicatoria. El que retenga el editor. El único hombre que me ha brindado su dinero. Mis compañeros no me han ayudado para nada. Dicho sea en su honor. Nadie tendrá derecho á señalar á *nadie* con el dedo. El Cirineo, si le hay, seré yó.

BERNARDO ESCOBAR LAREDO.

Diciembre 9 de 1892.

Laura Martínez Carbajal.

Es la primera cubana que obtuvo diploma de Médico Cirujano.

Todavía recuerdo cómo la conocí. Fué en el cuarto de Catedráticos de Medicina. Me la presentó el Dr. Pulido Pagés, arrebatado prematuramente á la enseñanza por el mal de Brigt. Era entonces una chica de dieciseis ó diecisiete años, trigueño-pálido, frente ancha, ojos obscuros, de fisonomía viva y animada. Mi futuro colega de entonces me hizo una grata impresión. Supe que estudiaba Ciencias y Medicina. El catedrático de Patología Quirúrgica se hizo elogíos de ella; me habló de su aplicación, de su formalidad, de su modestia; del cariño que supo inspirar á sus compañeros, cuya conducta fué siempre fraternalmente respetuosa para con ella. ¡He aquí, me dije, un buen argumento en contra de los detractores fanáticos é injustos de la mujer cubana!

Esta chica estudiosa, pensé, que aprende Medicina, que cursa Ciencias, no es seguramente una criatura indolente. Mi admiración por Laura Martínez Carvajal, creció al asegurarme Pulido Pagés que no obtenía notas por galantería del profesorado, sino en puridad de justicia; porque

estudiaba, porque sabía bien sus asignaturas. En 1891 vuelvo á verla en su casa, Obrapía 51, y la encuentro hermoseada por la maternidad, haciendo la felicidad de un distinguido compañero: el Dr. Enrique López. ¡Hermoso hogar éste, donde la felicidad brilla con todos sus encantos, agigantados por esta mujer hermosa, modesta é instruída que se llama Laura Martínez Carvajal de López!

En oposición á la vulgar creencia de que las madres no pueden ocuparse de la Medicina, puede citarse á nuestra Doctora que, después de casada, se ha hecho oculista. Posée grandes conocimientos en oftalmología; es muy hábil en el diagnóstico de las afecciones de la visión y si se dedicase á ejercer la oculística, algunos clientes perdería su marido.

Pero él no pasará el susto. Ella, mujer lista y perspicaz, se siente madre cubana y esposa ejemplar, y sabe que sus mayores triunfos los obtiene á diario realzando su hogar, formando el corazón de sus hijos, realizando la dicha de su marido, y no practicando iridectomias.

Dr. Manuel V. Bango.

No quiero empezar hablando mal del prójimo, y soy algo superticioso. El Dr. Bango es un hombre muy simpático y esta dotado de la virtud mascottal: lleva la felicidad donde quiera que vá. Con él van la gracia, la modestia, la afabilidad y la caridad. Pocos médicos conozco más simpáticos que el Dr. Bango. Miento; conozco pocos tan agradables como él. Dá gusto consultarse con este hombre rechonchito, de animada fisonomía, dulce mirada y ojos hermosos; que habla con gracia, que tiene miel en los labios cuando nó....sal y pimienta.

Si este librejo fuera serio, el respeto y el cariño á mi sabio maestro me impedirían hacer su biografía; escribo su semblanza aquí, en lugar preferente, *propter natura sua; es mascotto*, y porque no quiero extrenarme con ningun pelagatos.

Es un hombre de mérito que ha sabido alcanzar una cátedra, formar una clientela y que ha tenido el talento de saber enseñar y mantener y acrecentar su reputación profesional. La envidia ha dicho de él que es desaplicado; que carece de sangre fría para operar: que vale menos que Z. Todas esas frases, que engendró la envidia y extendió la

maledicencia, son chismes de vecindad; chinitas arrojadas por la gentuza del oficio á un tejado que no es de vidrio. Responden arrogantemente á tales sandeces, dando el mentís más rotundo, los numerosos clientes del Doctor, su cimentada y sólida reputación, y sus entusiastas discípulos; que saben lo que D. Manuel Bango y León vale cuando recuerdan sus enseñanzas en la soledad del campo. Desde la acera del Louvre ó de los pasillos de Pairet se hacen fácilmente frases mortificantes; pero no se enseña bien Clínica Quirúrgica ni se hacen buenas operaciones y diagnósticos ciertos y fijos.

Si es poco estudioso, afirmación inexacta, no es suya la culpa. Le falta tiempo para atender á su cátedra, á su clientela y á su consulta. Su discurso inaugural del curso de 1892 á 93, y el folleto «Ojeda» revelan un talento superior, una exquisita cultura intelectual y una imaginación galana, ¡Juro á Dios que ninguno de esos malandrines los hubiera escrito!

El Dr. Bango es hombre que tiene cosas. Gusta de la chanza. Su conversación rebosa gracia y sprit. Es de los que encanta charlando. Tiene don de gentes y....el don de la guasa. Como un discípulo le brindase intempestivamente una *breva*, el Doctor exclamó: «gracias, no fumo de Grusellas.» La chirigota *resultó*, la frase hizo fortuna, y muchos estudiantes de 1879 á 1880 recuerdan la bromita.

Como catedrático, es el de los que saben enseñar. Sus conferencias son de *corte inglés*. Mucho trigo; paja, la necesaria para que no se avente el trigo. Jamás repite un nombre propio de cirujano; y dice que los nombres propios se han inventado para olvidarlos. En cambio enseña

muchas ideas de diagnóstico y tratamiento y explica con claridad y sencillez.

Apesar de sus bromitas; y tal vez por ellas, sus discipulos sienten por él verdadero cariño. Suspende pocas veces, las suficientes para no cometer heregías y no aparecer hecho de pasta flora.

No creais que bajo esa apariencia bonachona se oculta un ser débil y melifluo. Nada de eso. Es hombre recto, enérgico, que sabe mostrarse altanero con oportunidad y que no tolera imposiciones. En el claustro de la Facultad le tienen su *respetico.*

Es su cerébro un cerébro superiormente dotado. Pocas páginas se leerán mejor escritas que las dedicadas por el Dr. Bango á la memoria del Dr. Serafín Gallardo. Bien que era su amigo predilecto, diríase que el alma del Dr. Bango, al cubrirse de tristeza por la eterna ausencia de su compañero, empleó las mejores galas para hacer imperecedera aquella memoria.

Dr. Cabrera Saavedra.

Es el Sr. Dr. Cabrera Saavedra (D. Francisco) hijo de las Afortunadas. Nació, si la memoria no me es infiel, en la ciudad de Santa Cruz de la Palma. Algunos le creen cubano; debido sin duda á haber venido, siendo niño, á esta tierra; donde ha creado una familia que es el ídolo de sus pensamientos. Unido á bella, discreta y virtuosa dama, no tiene más religión que la ciencia, ni más amor que su familia.

Es alto, delgado, pelo castaño, miope, nariz aguileña, frente despejada. Tiene la mano blanca, pecosa, larga y fina. Verdadera mano de comadrón. Ceño adusto de hombre pensador. Amable sin afectación tiene, por singular contraste, CARA DE POCOS AMIGOS. Lejos de eso: es hombre leal, afable y cortés... sin afectación. Es de los dignos y decorosos por temperamento. La franqueza es su rasgo genial característico. Como médico, es su nota predominante. Pronostica con ruda, abrumadora, desgarradora franqueza.

Es un tanto dejado en el vestir. De cuerpo elegante, prefiere la americana. A veces viste á lo Gutiérrez: fondo blanco con *vistas á la espalda*,

negras. Su aspecto exterior no recuerda al médico famoso.

Nadie adivina en él, á la simple vista, al aristócrata del talento. No tiene tipo de hostelero, como el Sr. Dr. Laudo, ni de estudiante meditabundo, como el Sr. Dr. Gordon. Fumador enragé, enciende buenos tabacos. Por Larrañaga, v. g., y se deleita, mientras habla, en ver al humo deshacerse en espirales. Repele á primera vista su seriedad, su continente severo de magistrado de sala de lo criminal, pero tratadle y os encantará su amena, galana y animada conversación. Y cuenta que no habla de medicina más que en consulta. No es de esos médicos necios y pedantes, que están eternamente dando cátedra de medicina al público profano.

Ha sido el primero en practicar la ovariotomía en Cuba. Ha resuelto difíciles problemas quirúrgicos; ha penetrado valientemente en hondas cavidades; ha segregado del cuerpo de nuestras mujeres organos indispensables para la vida sexual, que se hacían incompatibles con la vida orgánica ; ha precisado dificilísimos diagnósticos quirúrgicos; ha salvado la vida á varias infelices, ha hecho prodigios en una palabra. Y todo esto, que ha realizado brillantemente el Sr. Dr. Cabrera Saavedra, lo ha hecho con la impavidez del sabio y con la generosidad de un mártir, con una voluntad de hierro y con una constancia inagotable.

Goza fama de avinagrado. Dícese de él que es mal criado, brusco, áspero. Y es que su ruda franqueza, la lealtad de sus sentimientos, no se avienen mucho con los convencionalismos del siglo. No entra él, de mal ni de buen grado, no

entra jamás, por idiosincracia de carácter, por hábitos de profesión, en esas componendas nefastas en que la mentira se oculta falazmente con las galas y el ropaje de la verdad. Repugna eso al modo de ser íntimo, *sui generis*, personal del Dr. Cabrera Saavedra; de quien si no hubiera nacido canario, pudiera creerse que era castellano viejo, según es de franco, claro y compendioso para expresar su opinión.

Reune una circunstancia rara en los cirujanos: es un médico muy instruído. Sabe mucha medicina; en su cerebro hay una enciclopedia... de Patología Interna. Conoce profundamente las enfermedades del sistema nervioso, tan difíciles de diagnosticar; domina la ginecología, en cuya rama ha obtenido grandes triunfos. Histólogo consumado, sus preparaciones son un modelo.

Estudia más, mucho más que nuestros mejores estudiantes. No frecuenta los casinos. Jamás se le vé en el teatro. Es activo é incansable. Visita numerosa y escogida clientela; atiende á su consulta; estudia, y cuida sus pájaros y sus flores. Extraño contraste! Este hombre serio, seco, casi avinagrado, riega á la caída de la tarde todos los días las flores de su azotea — Cuba 104 — con un cariño digno de una andaluza! En su alma penetra la poesía en figura de pájaros y flores.

Fué político de buena fe. Miembro de la Izquierda, al fracasar esta simpática fracción se retiró á la vida privada.

Levantó su voz en defensa de los cubanos cuando el integrismo rabioso les quiso negar idoneidad y moralidad para desempeñar puestos públicos. Los hijos de Cuba debemos guardar por este motivo profundo agradecimiento al doc-

tor Cabrera Saavedra, que supo ser digno y generoso defendiendo nuestros derechos.

¿Necesitaré decir que tiene entre sus compañeros algunos enemigos? Sabido es que dime «cuantos enemigos tienes y te diré cuanto vales.»

En cambio, su médico, y médico de sus hijos, y amigo intimo, es un hombre modesto, de verdadero mérito: el Dr. Raimundo de Castro.

Su mejor elogio: No es Académico.

Dr. Raimundo de Castro.

Es el hombre dulce, casi de miel, de la Facultad de Medicina. Sus acciones brillan siempre por la equidad; diríase que sus nervios no trasmiten más que corrientes de dulzura; pensaríase que *su yó* no ha sentido jamás los estremecimientos de la ira; toda su alma, todo su ser, su sonrisa de levita, están respirando bondad.

Laredo, un estudiante atrevido y pícaro, llegó á decir de él, en el cuarto de los internos, cuando llegaba Raimundo de Castro: Ahí viene San Antonio de Padua. Y algún tiempo el efímero espacio de dos cursos, fué San Antonio de Pádua.... catedrático de Clínica Médica.

Sustituyó en esa cátedra á un gran novelador, al Dr. Félix Giralt. ¡Contraste singular! Si aquel forjaba hermosas novelas clínicas, envueltas en galano ropaje que hacía más hermoso aun la verbosidad de Giralt, Castro, interpretaba la realidad clínica que lucía pura, que brillaba radiante, siquiera su palabra poco fácil, y alguna vez rebelde, no la prestase los encantos de la forma, las fulguraciones de un estilo florido. Y de tal modo y por manera tal brillan en nuestro maestro la modestia, la ciencia y la templanza, que no tiene enemigos; todos los médicos admiran y aceptan en él las condicionesapuntadas, que ninguno osa

hablar mal de él; todos le respetan y le quieren.

Es un consumado clínico. Pocos valorizan síntomas como él. No es frase mia, hija de mi agradecimiento al maestro. Es hecho tangible, que se evidencia todos los días.

Preguntad á las eminencias médicas de la Habana, á un Bango, á un Cabrera Saavedra, á un Landeta, qué juicio merece el Dr. Castro (D. Raimundo) y todos ellos, hombres de verdadero saber, se harán lenguas pintando los méritos y conocimientos del hombre sábio que explica Clínica Médica en la Universidad de la Habana; conocimientos patentizados á diario en la cátedra, en la clientela, en las consultas con médios de nombradía.

Los méritos del gran *virtuoso* suben de punto si se tiene presente que á su condición de clínico profundo reune la de hábil cirujano. Él, Bango y Cabrera Saavedra brillan lo mismo en Cirugía que en Medicina Interna. Y cuenta que si los triunfos operatorios son deslumbradores para el vulgo; los diagnósticos profundos, las verdaderas feligranas del arte clínico, representan para los médicos un triunfo legítimo, indiscutible.

Como catedrático, carece de la elocuencia de Jover; su palabra es difícil, lenta, perezosa, á veces torpe; pero enseña clínica, enseña conocimientos prácticos.

Su misión no termina en la cátedra; enseña en sus cartas á sus discípulos del interior de la Isla, que le consultan casos difíciles que la bondad del maestro resuelve siempre pacientemente.

Si con una sola frase pudiera sintetizarse un juicio, diría de él que es la violeta de los clínicos de Cuba.

Dr. Federico Horstman.

Tiene cara de ligamento. Su fisonomía escuálida, prolongada, fea, proclaman su cometido. Es profesor de Anatomía Humana y Descriptiva. Tiene *fisonomía* de dómine; no le falta mucho para parecer una sombra humana, tan escaso de carnes le hizo Dios.

Es un buen cirujano y un médico ilustrado. Donde brilla, donde luce, donde se ve realzado su valor científico, es en la cátedra. El Sr. Horstman explicando se diviniza. Explica tan bien, suaviza tanto las arideces de la Anatomía, que casi le gusta á uno la ciencia de Sappey. Da gusto oirle enseñar. Se crece, se agiganta, se entusiasma; una ráfaga brillante envuelve su faz; tan brillante, que le circunda de una aureola de belleza. Aquello no es el espárrago sério que atraviesa el pórtico de San Isidro; es el sábio que realiza su misión educadora.

Sabido es que la mayoría de los profesores de Primer curso de Anatomía son aficionados á suspender muchos muchachos. Como llegan á la facultad casi niños se figuran que un suspenso monta poco. Horstman suspende lo preciso, pero no

sistemáticamente; y, sobre todo, enseña bien. Enseñanza buena, doblemente meritoria en él, pues los estudiantes tocan á vigésimo de cadáver.

Y si alguno cree que he sido pródigo en el elogio de este feo y sabio profesor, sepa y entienda que no ha sido mi maestro ni es siquiera mi amigo.

Dr. Juan B. Landeta.

Es una reputación clásica, si se me permite la frase. Es el tipo genuino del médico de la buena sociedad. Clínico, observador, hombre de conocimientos profundos en Medicina, pudo en tierra extraña, como Raimundo de Castro, alcanzar clientela. ¡He ahí su mejor elogio!

En cuanto al caballero, nada digamos. La generosidad, la hidalguía están personificadas en él.

Dr. Raimundo Menocal.

Si escribiera en la tierra clásica del toreo diría del Dr. Raimundo Menocal que es el Lagartijo.... de la Cirujía Cubana. Como el maestro cordobés tiene arte, es torero, y mata bien.

Buen matador vale aquí por buen cirujano. Como Rafael Sánchez Molina, es incansable en la brega. Entra Enero y acaba Diciembre, y el buen Doctor empieza operando y concluye operando.

Pero dejemos estas comparaciones taurinas—doblemente odiosas á fuer de comparaciones, y á título de taurinas—y analicemos esta distinguida personalidad médica, que se llama el Dr. Menocal.

Estudiante notabilísimo sigue siéndolo todavía á pesar de haberse casado—el matrimonio entre nosotros es pretexto de vagos, para no estudiar; á pesar de haberse formado una regular clientela; y á pesar de atender concienzudamente su servicio gratuito de Cirujía en el «Reina Mercedes.» La mayoría de nuestros cirujanos, si léen, léen solo Cirujía. Menocal lée mucha cirujía inglesa, alemana y francesa y lée mucha medicina. Es de los *cultos* de la Cirujía y de los ilustrados de la Medicina.

Su prematura seriedad, su *taciturnidad* de ci-

rujano á la inglesa, su estoicismo operando, lo han grangeado una reputación de hombre grave; que agranda su *magestuosidad* al fumar. Es uno de los fumadores más sibaritas que conozco.

Viste siempre limpio, correcto; usa el clásico chaquet y no abandona el blanco pañuelo. Escudriña cuando os mira y es de los que os estudia cuando habla. Y habla poco, lentamente; con excesiva parquedad cuando habla científicamente.

Su modestia es rayana á la humildad. Muchos valiendo menos, bastante menos que él, brillan más. Para los superficiales que no saben admirar el verdadero mérito, Menocal es una medianía. Para los observadores es un hombre superiormente dotado, una hermosa realidad y una halagüeña esperanza.

Su modestia revélase en su alejamiento de la Academia y de la Sociedad de Estudios Clínicos. No funje como Casuso de orador de tanda. Habla raras veces. Y produce más que esos sinsontes de sillón académico, majaderos insustanciales, que van à hacerse reclamos con sus trinos.

Menocal es de los cirujanos que sienten la belleza. En sus operaciones se revela hábil artista. Sus curas de fracturas y dislocaciones son hermoso ejemplo de lo que decimos.

El mejor servicio de Cirujía de la Habana es el suyo. Y lo es porque todo se hace técnicamente; con la última expresión de la ciencia *en acción*.

Ignoro si la mayoría de mis lectores opinará conmigo, pero si mi juicio peca de exajerado, respondan por mí los enfermos operados por Menocal y los médicos ilustrados, que admiran, en el joven Cirujano, á una de nuestras reputaciones mejor cimentadas.

Dr. Juan Santos Fernández.

Es *uno de los virtuosos de la profesión.* Hijo de un hombre rico estudió medicina. Primera virtud.

Nacido en este país mercantil no ha sabido hacer granjería de su influencia. Segunda virtud.

Pudiendo haberse guardado su dinero, supo gastárselo en la Crónica, desde hace diecisiete años, y en el Instituto Bacteriológico.

La calumnia que nada respeta, y la envidia, que todo corroe, han dicho que el Instituto era un negocio brillante para el ilustre oculista.

Estoy en el secreto de la cosa y puedo decir que le ha costado dinero. Soy imparcial y le hago esta reparación, tanto más veraz cuanto que no soy amigo del Sr. Santos Fernández ni pienso serlo.

Como periodista profesional deja bastante que desear. El y los redactores de la «Clínica Mèdico-Quirúrgica» se han convertido en olimpo y de esta ridícula actitud resultan *planchas bastantes frecuentes.* Sirvan de ejemplo: los artículos «El hipnotismo y la sugestión» del Dr. Eduardo Díaz. Este señor no dice nada nuevo en ellos. Y el decano de la prensa médica, que presume de serio, formal y científico, publica esas traducciones de

Berheim, Bouru et Bourot y esas copias de Sánchez Herrero como cosa de valor.

Y no es esto solo. Ahí está Joaquín L. Dueñas un pediatra tolerable, de redactor y jamás publica nada nuevo ni bueno de Pediatría.

El periódico—sigo aludiendo á la Crónica—no es solo para los redactores, es también para el público médico. Y el Sr. Santos Fernández solo publica trabajos de sus redactores y de algún colaborador. Menos mal si este es un Madan, un Vila, un Coronado, pero se dan *abortos*.

El Sr. Diaz, verbigracia. El Sr. Amoedo, cuyo artículo sobre la *cocaina* es de lo más infumable que se *consume*.

Es indigno de un hombre serio, como el señor Santos Fernández, prohijar tales engendros; dignos de «La Caricatura» pongo por caso.

Sin que todo lo dicho, que es muy cierto, sea obstáculo para confesar que «La Crónica» ha contribuido mucho á la cultura médica y al mejoramiento y defensa de la clave médica cubana. Sus campañas sobre «médicos militares», municipales y forenses son dignas del mayor elogio y enaltecen á su *redacción* que jamás mancha la pluma, como otro colega habanero, con el lenguaje del arroyo.

Hombre estudioso está siempre á la altura de la ciencia. Es un médico afable, cortés, instruido y discreto. Es de los pocos Académicos que trabajan. Y no vociferan. Laborioso, activo, incansable en la brega, debe á estas condiciones la merecida reputación de que disfruta.

Como todo oculista habrá hecho algunos ciegos pero ha *suprimido* muchos, y evitado muchos más. Opera habilmente.

Se dice de él que está aferrado á algunos *procederes menos modernos.*

Si tal cosa es cierta está muy de conformidad con la *enérgica constancia* de su carácter. Se *cobra caro*, cuando puede. Se hace pagar bien siempre. Es lo que exige la Moral Médica. Practica muchas obras de caridad; como médico y como hombre, hace el bien por el bien.

Tiene *varios enemigos* entre la gente del oficio. ¿Y como nó? Es el Mentor de varios muchachos. Tal vez pague él culpas de sus bebés. Ignoro peso y contenido. Recojo el rumor y prosigo.

Perfecto ó defectuoso, mi lealtad me obliga á terminar esta semblanza con esta frase:

Santos Fernández es de los cubanos que valen.

Dr. Gabriel Casuso y Roque.

«Señores Académicos: Deber reglamentario me impone la dolorosa tarea de hacer el elogio del que en vida fué Dr. D. Gabriel Casuso y Roque; dolorosa tarea porque tuve el gusto de ser su discípulo y al pesar que, la ausencia definitiva del Académico causa, únese la honda, intensa pena que mi alma sufre por la pérdida del sabio catedrático, del venerable Maestro, del tocólogo eminente, del cirujano experto que joven aún — apenas había cumplido cincuenta *años* — baja á la tumba.»

«Su condición de catedrático enalteciole sobremanera. Hecho cargo de la enseñanza de la obstetricia, la antisepsia es su caballo de batalla. Convierte á sus discípulos á la nueva escuela, les predica la buena nueva, les infunde los preceptos de la antisepsia; su fe inextinguible, su actividad incansable dan calor à las doctrinas microbianas, y la pobre mujer destinada á sufrir la fiebre puerperal por falta de limpieza, por no someterse á las reglas de la antisepsia, encuentra un redentor en el Dr. Gabriel Casuso y Roque que, apostol de la doctrina pasteuriana, la divulga, la populariza, y enseñándola á sus discípulos la pro-

paga del cabo de San Antonio á la Punta de Maisí.»

«Señores Académicos: Bajo otro aspecto he de someter á vuestra consideración la memoria de mi sabio maestro. El Dr. Cabrera Saavedra (D. Francisco) había hecho la primera ovariotomía seria, científica en Cuba. Esta gloria le pertenece legítimamente. Pero el vulgarizador de la ovariotomía; el ginecólogo que más veces la practicó, fué el Dr. Casuso. En un período de diecisiete años—de 1886 á 1903—practicó dos mil ovariotomías con 120 defunciones: lo cual da un 6 p.°/₀ de mortalidad, éxito no superado ni siquiera alcanzado por cirujano alguno hasta él.»

«Periodista, desde 1890 en que funda el *Progreso Médico*, revélase defensor de los fueros profesionales. Su periódico conságrase preferentemente á estas dos tareas; una: divulgar las nuevas ideas sobre la antisepsia, el tratamiento de la placenta previa, el del parto prematuro, etc. Otra se impone con ahinco, verdadero fervor: defender los derechos y los intereses de la clase médica. Era periodista en la buena acepción del vocablo. Enérgico, hábil, conciso; su estilo claro, contundente, demoledor, tenía arrogancias y energías con que defender los ideales, que *El Progreso Médico* sustentó á la raiz de su fundación: y que abandonó más tarde, en 1899, al convertirse en la *Revista de Ginecología*; publicación que proclama la laboriosidad y la ciencia del profesor de ginecología de nuestra Universidad y estimado Académico Sr. Dr. D. Rafael Weiss y Werson.»

«Diversos y contradictorios juicios ha merecido durante su vida, nuestro malogrado compañero de tareas; juicios dictados casi siempre por la

pasión. El Dr. Casuso era para unos, hombre de verdadero valer; cirujano experto; hábil partero; Académico ilustrado, catedrático profundo, que enseñaba la última palabra de la ciencia; orador correcto y elegante, siquiera vehementísimo á veces, hasta llegar al apasionamiento. Opinaban otros que tales dictados los sugería el agradecimiento de sus clientes y el cariño de sus discípulos; pues era Casuso y Roque hombre de carácter agrio; de escasos merecimientos; cirujano socialista, muy dado á dar tajos y mandobles con el bisturí en la diestra; que su enseñanza era puramente francesa, que se sabía bien de memoria á Ribemont-Desaignes; á Auvard; á Pinard; á Hernández (Eusebio), cuyos trabajos de tocología y ginecología estudiaba asíduamente, reteniéndolos fielmente por ser hombre de alguna inteligencia y feliz memoria; que era procaz en la tribuna, amigo de lanzar apóstrofes á los adversarios de sus doctrinas y muy dado á insultar á los periódicos profesionalesque opinaban por cuenta propia.

No se oculta á los Sres. Académicos la dificultad de hermanar pareceres tan opuestos. A mí, el último de sus discípulos, para quienes fué el Doctor Gabriel Casuso y Roque un ídolo, según fué de intenso, profundo y expontáneo el cariño que nos inspiró, esta enejosa tarea háceseme harto difícil, ya que no irrealizable. Diré de él, que fué médico amante del estudio como pocos; peritísimo en ginecología y partos; práctico de felices disposiciones para el ejercicio del arte; catedrático concienzudo, afanoso por la enseñanza; hombre, en suma, de verdadero valer, que dió días de gloria á la cirujía cubana, que divulgó teorías útiles y humanitarias, que gozó de nombradía en el pú-

blico y que alcanzó fama de compañero leal y defensor generoso de la clase médica. «Fragmentos del «Elogio del Académico Dr. D. Gabriel Casuso y Roque, hecho por el Dr. D. Arístides Mestre, en la sesión solemne celebrada por la Real Academia de Ciencias la noche del 15 de Junio de 1903.» — «La Propaganda Literaria.» — Habana. — 1903.

Dr. Joaquín L. Jacobsen.

Carita de alemán, en cuerpo criollo; por sus ojo cruza, mitigada por la alegría del sol de Cuba, la tristeza que flota entre las brumas del Danubio. Diríase que tiene mirada soñadora este alemancito rubio, escaso de carnes, sempiterno temeroso de la tuberculosis; este criollito por atavismo materno, que, si tiene como todo hombre sangre venosa y arterial, tiene también la energía sajona de acicate para la indolencia tropical, en que le sumergen nuestro sol y nuestro ambiente. Se engaña quien tal piense. Producto de dos razas que se completan en él, el Dr. Jacobsen es un hombre positivista; en su alma no anida más que un idealismo: el amor á su familia. Idólatra de su madre, de la madre de sus hijos, de sus hijos; por su cerebro de hombre pensador, de médico experimental, no cruzan rachas de idealismo trasnochado ni por su alma ráfagas de lirismo estéril. Consume las energías, fecundas y activas, de su cerebro en el libro, en la *Revista de Ciencias Médicas*, en la cátedra, en el Hospital, en la clientela civil. Es un hijo que hace honor á la Habana.

Con notoria injusticia pasan los habaneros por ser nuestros madrileños; por hombres dados al lujo y á la malicia, entregados al sport. Joaquín Jacobsen es un mentís rotundo de tan lijera opinión. Es un obrero incansable. En la lucha por la existencia, ha trabajado con tenaz perseverancia. Siempre en la brecha, no descansa. De su casa al Hospital, del Hospital á la calle; de la visita de enfermos á la consulta; de la consulta á la Universidad. Sus triunfos en la prensa han hecho de la *Revista de Ciencias Médicas* el periódico profesional más completo, más serio, más leído en la Isla de Cuba.

¿Quién ignora que en la Universidad no se ha explicado, después de Pulido Pajés, nadie la Medicina Legal tan bien como Jacobsen? Sus cursos de esta asignatura, en que ha iniciado á los discípulos en la Medicina Mental, son su mayor elogio. Los alumnos se hacen lenguas alabando la forma sencilla, elegante y correcta con que el profesor emite las verdades de la ciencia; su asistencia en la cátedra; su hábil manera de tratar á los discípulos, que profesan al Dr. Jacobsen acendrado cariño y sienten por él hondas simpatías. Hace tres años explicó Patología Interna, y estuvo á un tiempo encargado de la Medicina Legal, y todo el mundo admiró los conocimientos profundos que posée en la primera y la brillante exposición que hizo de la materia en la segunda.

Ha dedicado preferentemente su atención á las enfermedades del pulmón y á las afecciones cardiacas. Domina de tal modo esta rama del arte de curar que puede decirse que es un médico profundo en esta especialidad. El Dr. Raimundo de Castro, una de nuestras legítimas celebridades

médicas, se enorgullece en tener por discípulo al Dr. Jacobsen.

El Dr. Cabrera Saavedra, el hombre eminente en clínica, le admite gustoso todos los días en consultas y elogia vivamente la modestia y la ciencia atesoradas por el Dr. Jacobsen. La opinión laudable de estos dos famosos médicos, glorias de la medicina cubana, habilísimos en el diagnóstico, no se otorga á un quidam. Quien la alcanza, como el Dr. Jacobsen, no la debe al acaso y sí al propio mérito.

Dos palabras y termino. Ha logrado hacerse clientela en la Habana siendo habanero. Ha sido profeta en su pueblo.

En su frente brilla la inteligencia ; en su mirada, la modestia. Envuelve su faz una atmósfera de paz octaviana de hombre que persigue un ideal y vá tras él, reforzando y compensando corazones, y haciendo tolerables pulmones averiados; y entregado á esta labor ingrata, redentora y noble, vive feliz nuestro ilustre compañero.

Dr. Claudio Delgado.

Me parece que le ví ayer por primera vez.... y fué hace doce años. Estaba yo en la consulta del Dr. Bango—Habana 51 —cuando veo entrar un hombre chiquito, decentemente vestido, que saluda familiarmente al amo de la casa, hace una reverencia con diplomacia oriental, y se sienta. Nos presentan. Cambiamos los saludos de rigor en casos tales, y... héteme aquí delante del bacteriólogo Delgado.

Aunque es hombre muy conocido, recordaré su aspecto exterior sempiternamente adusto, su cabeza como de microcéfalo, su color de poma rosa, su aspecto de agente de cambios.

En conjunto, un señor culto, serio, discreto, afable sin exageracion. Oye misa y *es de los que creen más en Dios que en el sulfato de quinina.*

Es honrado, activo, trabajador. Bacteriólogo tenaz, persigue en vano en la sangre de los mosquitos el microbio generador del vómito negro. Contraste singular. ¡Este bacteriólogo recalcitrante fué amigo inseparable de aquel gran clínico que se llamó Serafin Gallardo! Bien es verdad que su manía es disculpable; es *una manía en comandita* con Cárlos Finlay.

Tiene gracia peregrina este hombre serio, puritano, casi cuákero, en lucha permanente con ese museo de fieras que se llama la prostitución habanera. Maravilla pensar que Claudio Delgado, Director de Higiene, es el mismo Claudio Delgado que se baña en poceta en la playa de San Lázaro, todos los días del año, y es el mismo señor neo-católico que oye misa todos los domingos y fiestas de guardar!

Mucho gasto nervioso debe hacer nuestro ilustre bacteriólogo para cumplir siquiera medianamente en la Dirección que desempeña. Su clara inteligencia, su voluntad de hierro, su intachable honradez, le sacan á flote. Otro que no fuera él hubiera naufragado. Enérgico, hábil, incansable en la lucha, se está coronando de gloria. La envidia malsana y la calumnia, que todo lo mancha, han pretendido empañar la pureza de este apellido prestigioso y, desde un periódico inmundo, han arrojado sus chinitas; siendo el tejado de acero, forjado por la virtud más acrisolada, las chinas han rodado al fango.

Cuando todos le creíamos perdido para la familia, el Dr. Delgado contrajo matrimonio. Su mujer, una excelente profesora de música, le ha curado en parte su *melomanía.* Tiene música y buena, escogida, magistralmente interpretada, en casa. ¡Cómo estará D. Claudio! ¡Lástima de brazo de mar en el cuarto de baño de casa! Estaría como el pez en el agua.

El Director de Higiene es Académico. Es de los que hablan bien. Conoce profundamente el Regla mento. Y dicen las crónicas que suele darle muy buenos palmetazos al Dr. Casuso. Este, que siempre está de tanda, ha tenido sus cojidas y el Doc-

tor Delgado siempre *al quite y oportuno*. ¡Buena brega, buena!

De un año á esta parte, apenas se le oye; va poco á la Academia, y si va, no habla. Su intervención da la nota discreta, gubernamental; doctrinario; ortodoxo; piensa del Reglamento de la Academia lo que D. Antonio Cánovas de la Constitución de 1876.

Su amigo predilecto es el Dr. Bango. Se explica: ambos tienen aspecto de prelados romanos.

Dr. Ignacio Plasencia.

Bien dicen que las apariencias engañan. Dígalo el Sr. Dr. Plasencia. Su tipo de coronel retirado, oculta un buen cirujano. Su largo mostacho negro, su faz alargada, su nariz prominente y extensa, que se alza magestuosa sobre un montón de picarazones de viruela, su aspecto marcial, más le asemejan, á militar en reserva que á hombre de ciencia.

Esto precisamente le justifica su dictado de *Plasencia el bueno*. ¿Y cómo no, siendo hermano de Tomás?

El distinguido cirujano del «Reina Mercedes» es una víctima de Coll. Este, en una caja de fósforos, le llamó el Verneuill cubano. Y si lo de cubano, resulta, porque es cierto; lo de Verneuill no resulta, porque es falso. Y falso de todo punto. Ignacio Plasencia dista mucho de ser el Verneuilt *cubano*. Para decírselo bastará la autoridad de Perico Coll, que hará unos fósforos muy malos, pero que no está autorizado para dar patentes de *gran cirujano*. Y habría que postergar al Doctor Bango, al Dr. Cabrera, al Dr. Menocal. Y esto no lo consiento yo. Yo, que me expongo á unos

garrotazos ó á *una madrugada*, pero que digo aquí la verdad, toda la verdad. Me paga el público—si compra mi libro, si lee esto.—Debo ser franco, veraz, justiciero.

Plasencia el bueno es un virtuoso. Hace su servicio de Hospital gratis y lo hace bueno. Es constante, asíduo, trabajador. Es mejor bisturí que Casuso, porque es más inteligente; menos bueno que Menocal, porque no posee los conocimientos de este sempiterno fumador. De los tres, Menocal es el más técnico; Casuso, el más guapo; Plasencia, el más templado.

Ocupa brillantemente su puesto en el «Reina Mercedes.» Él hace buenos diagnósticos; domina la Sífilis; conoce bien las afecciones de las vías urinarias; sabe abstenerse á tiempo é intervenir oportunamente, en los grandes desastres traumáticos; si no es un Hebra sabe tanto de dermatología como Robelin.... ¿qué se le puede pedir?

Como especialista alcanzó nombre. Su consulta es una exhibición de *urinarios*. Y una renta para D. Ignacio. Yo no sé, porque no tengo gran conocimiento ni pequeño del asunto, si técnicamente es un *Guyon habanero*—ó si se quiera un Dolafosse—pero garantizo que hace cirujía de las vías urinarias con frecuencia y discreción.

Tuvo una época en que era bastante mal criado. Su bilis le exasperaba por las mañanas. Los internos de San Felipe y Santiago le resultaban colagogos. Parece que los del Reina Mercedes son más felices. Justo es confesar que no es un melífluo como Raimundo de Castro; pero tampoco es un avinagrado como el Dr. Cabrera Saavedra, ni un hurón adulterado por la cultura como el Dr. Casuso.

No es una eminencia ni una gloria; es un astro que brilla con luz radiante en el cielo de la Cirujía Cubana.

Vá aquí, entre los que valen, por esfuerzo propio. Si exagero, prefiero pecar de generoso que de injusto.

Dr. Antonio M. de Górdon y de Acosta.

Un solo hombre verdadero.... y siete Doctores distintos. Hombre útil: uno.

El Fisiólogo.

Merece que se le llame así porque sabe Fisiología, y porque sabe enseñarla. Es de los catedráticos que ganan honradamente el sueldo. Con hombres como él, como Raimuno de Castro, como Manuel Bango, la Facultad de Medicina brilla.

Perdonémosle sus siete Doctorados. ¿En qué había de entretener su viudez?

Estudiando.

Es la primera memoria de la Universidad de la Habana. El mal de Bright le suprimió el único rival: el Dr. Pulido Pagés.

En Venezuela fué Doctor en Medicina y Cirujía, á título de suficiencia, y en menos tiempo que canta un gallo, gracias á su memoria.

Cuando explicaba Historia de las Ciencias Médicas se sabía á Chinchilla mejor que un veterano se sabe la Ordenanza. De memoria ; *ad pedem litteram*; repetía frase por frase; precisando tomo, capítulo, hoja y página.

Su inteligencia es mediana, pero como la esprime mucho en el laboratorio y en su cuarto;

como es un estudiante incansable, tenaz, perseverante, resulta más inteligente de lo que realmente es.

Tiene aspecto de hombre insociable. Mira con vaguedad, camina á pasos agigantados, tiene cara de hombre que no fuma ni bebe ni....; sus ojos verdes, inexpresivos, denuncian al sabio abstraído, ageno al medio, aislado de todos.

Vedle explicar Fisiología Humana. No podreis saludar á Wundt ni al vetusto Beclard ni á Kuss ni á Duval: los amigos no se os darán á conocer. En su exposición hay las verdades esparcidas por todos los libros, desde Hermman á Magaz: hay la ciencia hecho, la ciencia formal, y hay lo propio, lo original, lo característico del Doctor Górdon. ¡Lástima que se precipite! Si hablara despacio, eligiendo la frase adecuada, luciría mejor. Pero, como dicen los ingleses, *he speaks by memory*.

Goza de merecidas simpatías entre sus discípulos, que, como buenos muchachos, le dicen el caballito *de los siete colores*, (1) aunque vean en él al meritísimo profesor de Fisiología de nuestra Real y Pontificia Universidad.

(1) Aludiendo á los siete colores de la *muceta*.

Dr. Pablo Valencia.

Vendió trapos nuevos, y hoy es catedrático. Esto hace su apología. Es hombre de mérito, que todo se lo *debe á sí mismo.* Ascender de tendero de ropa á partero de fama y catedrático de Medicina, revela un esfuerzo titánico, gigantesco; delata una inteligencia superior.

El Dr. Valencia es hijo de las Afortunadas. Hizo su carrera en Cuba.

Lo conocí en 1880, explicando Obstetricia, Enfermedades de la Mujer y del Niño. Usaba patillas y espejuelos; ancha la boca, viva y penetrante la mirada; la nieve de los años empezaba á blanquear su cabeza y sus patillas. Alto, de medianas carnes, de andar rápido; explicaba de tres á cuatro, la hora de la siesta, casi con tanta velocidad como la que empleaba en caminar. Sabía mucho á Joulin su explicación; había algo propio, bueno, hijo de su práctica tocológica. Asistía con asiduidad y era hombre decente con sus discípulos. Le gustaba un poco la guasa y cierto día se las permitió con un tal Escobar, sobre el atavismo de los fetos, y dicen malas lenguas que ese día se encontraron los guardias con los metedores. Llegado el exámen, se temió que el estudiante gua-

són fracasase en Obstetricia. Nada de eso. Estuvo dichoso. Sacó bolas que sabía. Y el Dr. Valencia le dió «sobresaliente.» Donde se temía un rencor se halló una generosidad. Escobar no sabía para sobresaliente ni siquiera para notable. Sonó la flauta por casualidad.

Goza fama de buen portero y es el comadrón de más clientela en la Habana. Sus condiciones personales le ayudan mucho. Es hombre fino, atento, amable, casi guachinango, y el único médico isleño de nota que tiene cara de cristiano. Cubas es bastante feo y más prieto que un zapato, y el Dr. Gordillo es un monstruo de fealdad, tan feo que es el único competidor que acepta Romero Leal. El venerable D. Nicolás Gutiérrez le recomendó mucho que siguiese *vistiendo á la criolla.* Gasta todavía pantalón y chaleco blancos, chaquet negro y zapatos de charol.

Una operación de partos puso en peligro su vida. Sufrió una infección y estuvo muy delicado. Los cuidados del Dr. Cabrera Saavedra y un viaje á Canarias le devolvieron la salud.

Es el decano de los tocólogos, y lleva su decanato con dignidad. Hombre modesto, sencillo y enemigo de la farsa, ha encontrado en sus conocimientos y en su práctica, lo que otros han ido á buscar á la cuarta plana de los periódicos.

Es un modelo de constancia y asiduidad. Madruga, visita su clientela, explica su asignatura, y se va á su casa. Todavía se muestra burgués en sus costumbres. Jamás se le ve á deshora como no sea parteando. Trabajó, trabaja, y no tiene una peseta; único punto en que apostató de su burguesía.

Dr. Domingo Fernández Cubas.

El Dr. Cubas es una popularidad como Vallés, como el chino Inclán.

¿Quién no le conoce?

Alto, delgado, amarilloso, de canas patillas, envuelto en su levitón; la burlona sonrisa retozando en el labio, pasea su escuálida figura con cierto aire de choteo, que encanta.

Explica Patología general.

Miento. Hace que la explica. Guasa guaseando pasan los días de curso, y llega Junio. Los alumnos no saben ni Anatomía Patológica ni Clínica de Patología general. Que la aprendan con el Doctor Jacobsen ó con el Dr. Saladrigas, que han profesado cursos libres. Pero como estos dignos y estudiosos jóvenes no los profesan, que se.... esperen. O que se aprendan de memoria á Buchard, á Picot y á García Solá.

Jamás me he explicado esa suigeneris manera del Dr. Cubas. ¿Se á que fiará demasiado en la aplicación de la juventud cubana?

¿O su génio guasón le impulsará á tomar como cosa baladí el abecedario de la Medicina?

Por lo demás, es médico de ojo clínico, alcanzado tras largos años de práctica; doctor de numerosa clientela, y hombre de generales y merecidas simpatías.

Habla con mucha gracia. Su voz dulce, su *dejo* isleño acriollado, la viveza de su imaginación, el caudal de anécdotas que atesora, le hacen ser un *causeur* agradabilísimo.

Hombre sagaz, hábil y listo, necesita estas condiciones para alcanzar y mantener, como alcanzó y mantiene, la confianza del gremio de tabaqueros. Médico de éstos, hace años, se ha contagiado con su fraseología. Emplea algunas frases sucias y, cuando lo tiene á bien, le dice una desvergüenza al lucero del alba. Sus cuentos de Boccacio han hecho universal la fama del Dr. Cubas.

Los cubanos que no le quieran son unos canallas. Padre de cubanos, ha sabido ser digno, noble y generoso. En ocasión solemne el 27 de Noviembre de 1871 — supo ser veraz, enérgico y justiciero. Su elevada conducta le ha hecho acreedor al eterno agradecimiento de todos los cubanos. Su popularidad es inmensa entre los estudiantes. Todos le idolatran por su honradez, su bondad y su noble y franco carácter. Una frase del Dr. Cubas hace más efecto que diez arengas rectorales.

Todo lo que es, todo lo que vale, se lo debe á la propia persona de D. Domingo Cubas. De cuna humilde, condición pobre, ha llegado á médico de clientela, á catedrático de la Universidad, por esfuerzo titánico de su voluntad, por sacrificios sin cuento, por constante, perenne obra de redención y trabajo.

El día que muera, la juventud cubana estará

de pésame. Su tumba será regada por el rocío de lágrimas de madres cubanas.

Maldito sea el cubano que visite su sepulcro y no se descubra respetuoso ante la memoria augusta y venerable del varon justo, digno y noble que hoy se llama Domingo Fernández Cubas.

Dr. Cárlos de la Torre.

Aunque apenas se llama Pedro, va aquí por derecho de conquista. El sábio sin canas, á quien prodigára el venerable Poey, en ocasión solemne, tan hermosas frases; hizo justas, buenas é imparciales las predicciones de su maestro. El joven naturalista es un hermoso ejemplo de lo que valen, en la lucha por la existencia, la constancia, el trabajo y la fé inquebrantable en el porvenir.

Pertenece Cárlos de la Torre y Huerta á esa falange de virtuosos que se llaman Tomás V. Coronado, Joaquin Jacobsen, Enrique López y Rafael Weis. Obreros científicos incansables, verdaderas hormigas de la ciencia, ni han necesitado la partida de bautismo para alcanzar nombre, ni han encontrado en la política una escalera por donde trepar hasta el cuerno de la abundancia como otros, siquiera sean tales sugetos, cerebralmente topos......

Enseña desde niño. Casi adolescente era cuando explicaba en la «Gran Antilla.» Sus *muchachos* le idolatraban. Me parecía un levita. Su alma

dulce y tierna ejercía la enseñanza, tan árida y y escueta, con un apostolado verdaderamente evangélico. Su naturaleza robusta triunfaba del aire infecto de esa inmensa cloaca, que se llama La Habana, y su cerebro soberbiamente surtido de fósforo no se agotó, ni siquiera se desequilibró, engolfado en contínua persistente labor. Era á un tiempo maestro de sus muchachos y discípulo de las Facultades de Medicina y Ciencia. Su vasta inteligencia, su gran memoria, le permitían llenar bien sus cursos; pero hijo amantísimo de la Facultad de Ciencias é hijastro de la Medicina; el opinar, vago á veces, diverso siempre, á menudo difuso, de las autoridades médicas no se compadecía mucho con la verdad, una, sola é indiscutible del binómio de Newton ó con la sencilla, exacta y bella descripción de los conirrostros. El arte de Galeno perdió un mal hijo y las ciencias naturales lograron un hijo, que ha sido, es y será el encanto de *sus mamás.* Donde naufragó el mediquillo, surgió el naturalista.

...... A la caída de una tarde de Febrero de 189... estaba el que esto escribe en la estación ferro-carrilera de Santa Clara. Llega el tren de Cienfuegos y veo apearse á un joven grueso, trigueño pálido, que daba la diestra á una hermosa niña. Un apretado abrazo nos recordó tiempos felices. El viajero, era Cárlos de la Torre, y la niña, su hija mayor. Buenos camaradas, conversamos largamente sobre nuestra vida pasada. Me admiró saber que el jóven naturalista hacía estudios sobre la *producción azucarera.* He aquí, me dije, un hombre práctico y útil para el país. Bonito argumento contra Romero Robledo. Le animé á realizar su obra publicando sus observa-

ciones y, si hubiera sido un Terry, lo hubiera enviado á la *Louisiana*.

Su mérito principal, la modestia.

Su mayor virtud, el trabajo. La ociosidad huelga en el Diccionario para él.

Su mayor timbre de gloria, haber sido el último amor de nuestro gran Poey.

Dr. Antonio Díaz Albertini.

Es el médico de la creme habanera. Tipo raro, feo, estravagante, más parece banquero judío que hombre de ciencia. Y lo es. Posee un buen ojo clínico; estudia, no se duerme en sus laureles y visita una larga y escojida clientela.

Aunque parece más viejo de lo que es, dícese de él que pronto contará doce lustros.

Su extrema seriedad, el mandato imperativo que anima su mirada, la fealdad distinguida de su cara desaparecen ante la cama del niño enfermo. Su voz adquiere dulzura, su mirada vuélvese tierna, prodiga frases cariñosas, mima al enfermito, y se lo atrae con la fuerza de un imán. Lo he visto dominar á chicuelos mal educados con una habilidad verdaderamente excepcional. Ignoro si es, en Medicina Interna una eminencia, pero sé decir que, en Pediatría, alcanzó y alcanza triunfos. La envidia ha dicho horrores de él. No necesito saber más para declararle un hombre superior. Jamás he visto que los gusanos provoquen siquiera comentarios. Las nulidades en nuestra profesión son estrellas que se corren. Los que va-

len, como el Dr. Díaz Albertini (D. Antonio), son astros que brillan con luz propia.

Si me parece banquero judío, esto no impide para que sea un hombre de sociedad. Atento, fino, cortés sin afectación, es un verdadero caballero.

¡Lástima que hombre tan distinguido tenga cara tan poco cristiana!

Dr. José R. Montalvo.

¿Continúo el anuncio profesional?

Médico de la Maternidad y especialista en enfermedades de los Niños.

Sus íntimos le dicen «Montalvito.» Figuraos un hombre bajito, gordito, casi rechoncho, hermosa la cabeza, ancha la frente, casi bonita la cara, de bigote entrecano, rosada tez, fisonomía viva é inteligente, manos finas, sonrosadas, aristocráticas; que anda con paso firme, ligero, y tendreis una idea casi exacta del Dr. Montalvo. Entre los chiquitos de cuerpo, pasa por la antítesis del Dr. Marill: la belleza, al huir del rostro de éste, fué á hospedarse en la cara de Montalvito. Que resulta Montalvito por chiquito, por bonito, por guachinango y por finito. En su cuerpo hay *embompoint*; en su espíritu, hay viveza, gracia, sprit, zalamería, don de gentes.

Cuando visitaba los *olfálmicos* de San Felipe y Santiago, me encantaba aquel hombrecito fino, afable, cortés, pulcro, de manito blanca y rosadita, que abría cariñosamente los párpados de los enfermos. Lo que encanta en él es su cultura intelectual; es de esos médicos que se multiplican. Conoce la política, tiene ribetes de literato; asiste

á la Junta Central del Partido Autonomista, y va luego á la Academia á la Sociedad de Estudios Clínicos, donde consume turnos con incansable y pasmosa frecuencia. D. José R. Montalvo se muestra siempre pulcro, vivo, buen polemista, aunque á veces se apasiona un tanto y tórnase demoledor. Su argumentación al discurso de Montané sobre el cólera, es vivo ejemplo de ello. Discutíase en la Sociedad de Estudios Clínicos, la noche del 3 de Octubre último y exclama Montalvo: «He escuchado con gusto y prestado la atención que se merece, el trabajo del Dr. Montané; pero si realmente, no tuviéramos noticias de los modernos descubrimientos sobre el cólera, nadie los sospecharía siquiera, por la lectura del trabajo que acabamos de oir. Tal parece que no existen los trabajos de Koch, que no se ha encontrado el bacilo vírgula, y que se trata de una enfermedad desconocida.» Y no merece, ciertamente, el Doctor Montané, una diatriba tan enérgica. Tanto más, cuanto que los Montané no crecen, como los melones, en todas partes, y no es, seguramente, en la Sociedad de Estudios Clínicos, donde más se dan. Y es que la virulencia académica es contagiosa. Desde que surgió Casuso con su causticidad, apareció Montalvo á competir con él en género oratorio.

Por lo demás, concedemos al Sr. Dr. Montalvo sus dotes de oculista, pediatra y médico talentoso. Y es más: le creemos una personalidad médica de talla; pero convengamos en que la caridad no brilla en sus polémicas.

Si este no fuera el país de los vice-versas, él estaría explicando «Enfermedades de la Infancia» en la Universidad, y Jover, Patología Médica.

Porque Montalvo sabe, sabe explicar, y sabe conservar alto su prestigio. Él y Jover cabrían bien en el Claustro. Deploremos su ausencia en un punto merecido, y compadezcamos el destino, que tiene sus crueldades con los hombres de saber y buena voluntad.

Doctor Antonio Jover.

Catalán listo, de los de *Remeneu*; se hizo nombre apenas llegó á la Habana.

Vacante la cátedra de Patología Interna, el Gobierno acordó sacarla á oposición. Se hicieron los ejercicios en el Aula Magna de la Universidad. La concurrencia era numerosa. Las oposiciones fueron brillantes por parte del Dr. Jover. Hizo un diagnóstico diferencial entre la fiebre amarilla, la fiebre biliosa y la hepatitis supurada, que *echaba cocó*. Hubo que darle medio para caramelos al Dr. Jover, y el público médico que era selecto—la prensa médica, la Academia de Ciencias, el profesorado médico, el cuerpo médico docente, estudiantes del 5.° y 6.° año—le dió real y medio; y aplaudió la metódica exposición, la seguridad del conocimiento y el bello y galano ropaje con que el Dr. Jover abrillantaba sus sólidos conocimientos en Medicina Interna. Su contrincante el Dr. Antonio Saaverio, á pesar de su *tupé sagastino*, naufragó desastrosamente técnica y socialmente; pues sus frases impertinentes y majaderas no hacían mella en la dialéctica inglesa del Dr. Jover. ¡Digo, y que el mozo venía de Londres! Su espíritu flotaba todavía en la

bruma que envuelve las costas de Inglaterra y su cerebro, tonificado por el frío británico, era un reloj suizo en cuanto á funcionamiento. ¡Con qué gusto lo oían todos! Fungía de gato cazador, y el Dr. Saaverio de *guayabito de alacena.* ¡Cómo vengaba el destino á nuestros compañeros de Colón!

Todo en Jover atraía. La corrección de su vestir; su hermosa cabeza; sus modales distinguidos; la modestia, templanza y concisión con que exponía su tesis; la acerada, pulida, tersa y enérgica frase con que replicaba.

Obtuvo un triunfo y alcanzó un nombre. Sus compañeros de la Facultad le recibieron con gusto y desde entonces el cláustro, que pudo recoger un parásito, albergó un buen profesor más; que supo mantener enhiesta la bandera tremolada con tanta honra por la Facultad de Medicina.

Explicó siete años Patología Interna, hasta que salió á oposición la cátedra de Enfermedades de los Niños.

No he sido su discípulo, pero sé, por algunos amigos que lo fueron, que es hombre que asiste puntualmente; que enseña la última palabra de la ciencia y que explica admirablemente bien. Es sencillo, claro al par que florido y elegante, su *estilo*; lee lo último, escoge lo que estima útil, y lo expone con método.

Tiene bastante clientela y tendría más si la Fama no le diese diploma de *lyón.* Como es buen mozo y elegante, Galeoto repite que la Fama no se equivoca, y tal vez sea nuestro hombre casto José, no siendo obstáculo para que se le crea un D. Juan. Conste que es buen clínico; que es médico ilustrado, casi enciclopédico; y sepa el doctor

Jover que recojo el maldiciente rumor, no para enojarle, sino para poner las cosas en su justo lugar.

Dirige la «Quinta del Rey,» que ha convertido en una magnífica Casa de Salud; donde se reunen el confort más exijente y los últimos adelantos de la Medicina.

Desempeña en propiedad la Cátedra de Enfermedades de la Infancia, que ganó en buena lid; tanto más honrosa para él, cuanto que tuvo por contrincante á un médico tan competente en Pediatría como el Dr. Joaquín L. Dueñas. Su discurso de recepción ante el Claustro, no me gusta. Después de leído, no deja en el ánimo la impresión de lo bello y hermoso. Durante la ceremonia debió parecer casi feo. ¡Y lo feo es tan antitético al Dr. Jover!

Le he llamado de los de *Remenea*, porque aunque no es fósforo, brilla, fija y da explendor á la ciencia médica.

Post-Data: Salvo error, creo ha tenido la discreción de no ser Académico. Se temería como buen inglés perder el tiempo. O sentiría el horror de Montalvito y Casuso. Huiría el vórtigo de los Académicos.

Doctor Luís Cowley.

Explica Higenia Privada y Pública. Ambas asignaturas, las desempeña bien. Son bonitas se prestan á ser explicadas. Y Luís Cowley sabe hacerlo como Dios manda.

Lo que no sabe él—y esto parece ser idiosincracia de familia—es captarse las simpatías de los muchachos. Si no es un Herodes como D. Rafael, su estimable hermano, á veces hace de Valentín.

Estos rigores de apreciación le proporcionaron sério disgusto no hace muchos años. Para más detalles dirigirse al Dr. Polanco.

Por lo demás crean ustedes que el Dr. D. Luís Cowley es un hombrecito bajo, de patillas grandes y descuidadas, de fisonomía picaresca, de trato fino y cortés; y hombre ilustrado, muy competente en Higiene Social y....Secretario de la Junta Superior de Sanidad.

Si á los muchachos les dan á elegir se quedan sin los dos

Yo, con Luís. ¡Yá no me puede reprobar!

Doctor Rafael Cowley.

Repitamos con la Mascotte: ¡oh que hermosa naturaleza! Cowley es grueso, ojiazul, alto, rosado, más parece detallista enriquecido que Doctor en Medicina. Y es lo último, y es catedrático, por oposición, de Terapéutica, Materia Médica y Arte de Recetar.

Es el Herodes de la Facultad de Medicina de la Real Universidad de la Habana. Hijo de un hombre ilustre, cuya memoria todo el mundo adora, bendice y respeta, honra y prez un día de la Facultad de Medicina, cúpole á su ilustre padre tener por heredero en la cátedra á este hermoso hijo cuya mayor alegría es dar un suspenso y explicar todo....menos Terapéutica, Materia Médica y Arte de recetar. Se mostrará en sus conferencias muy químico, muy fisiólogo y muy botánico; un tanto erudito, al parecer; pero esto no sirve á la cabecera del enfermo. Con sus lecciones no se aprende á llenar indicaciones (Terapéutica); ni á conocer bien ni mal los efectos fisiológicos ni terapéuticos de los medicamentos; ni á hacer bien una receta.

A sus discípulos me atengo. Si alguno de ellos aprendió á recetar con él, á formular como Dios

manda, que levante el dedo. Estoy dispuesto á rectificar.

Andan por esos cañaverales los muchachos pasando más apuros que un forro de catre....en noche de invierno y en casa de los pobres! No es suya la culpa. Jóvenes estudiosos y de imajinación viva, clara inteligencia, en su mayoría salen de la Universidad sin conocer el Arte de Recetar. Y salen así porque no se les ha enseñado á conocer bien los diez ó doce medicamentos más indispensables en la práctica Médica. En esto debe fijarse el Dr. D. Rafael Cowley y procure hacer buenos médicos y no eruditos á la violeta.

Dr. Joaquín Laudo.

A poco, con dos letras más, se hubiera llamado «láudano.» Y resulta de *Rousseau* explicando Anatomía Topográfica, Operaciones, Apositos y Vendajes.

Doce años hace que le oí por última vez, y todavía el eco de su voz extentórea — de *grumete* — repercute en mi oído. Y estudiaba el buen hombre á no dudarlo. El proceder de Desault, el de Langembeck, el de Tillaud, el de Velpeau, todos los métodos habidos y por haber, los repetía el Doctor Laudo *ad pedem texto*.

Si no enseñaba Cirujía, por lo menos explicaba anatomía regional y repetía procederes operatorios.

Es un catedrático decente, digno, que no comete injusticias ni se guía de influencias para suspender. No es una pantera, examinando, pero tampoco peca de blando. Sus discípulos le quieren y á mi juicio se merece su cariño.

Hace un buen Decano. Enamorado locamente del prestigio de la Facultad de Medicina, nada escatima, ni trabajo ni vigilias, ni visitas á Palacio, por ser edificada la *casa* donde se debe enseñar alguna ciencia médica.

Lucha, trabaja, se afana por conseguirlo. ¿Lo alcanzará? Sábelo Dios.

Si perece en la demanda, no será suya la culpa. Caerá un Decano digno, locamente enamorado de su Facultad, y su nombre pasará á la posteridad rodeado del respeto de todos y del cariño de los médicos.

Lector, saluda conmigo respetuosamente al doctor Laudo y grítale: Maestro, te tolero; Decano, te admiro. — ¡Alma española, te compadezco!

Dr. Enrique López.

A todo señor, todo honor—y perdonen *ustedes* el galicismo.—Hagámosle una justicia.

No *surgio especialista.* Fué á París, estudió; vió y aprendió. Su talento hizo lo demás.

Su aspecto no es doctoral. Dista mucho de serlo. Rasgo que le celebro pues nada duele más á mi condición de médico que ver á ciertos doctores con aspecto de dependientes de Guillot. Con su bomba, su levita grasosa, ancha, faldona, y su seriedad de asnos, más se me antojan «fugitivos de tren funerario» que Médicos-Cirujanos. Suelo verlos en los pasillos de Tacón y Payret y me apiada profundamente su aspecto grotesco, cursi y..... *fúnebre.*

Enrique López viste bombín y chaquet. Con su barba á lo Felipe II y su color sano, su aspecto burgués y su natural sencillo y modesto, más parece detallista enriquecido que oculista de fama. Y he cometido una injusticia.

Cualquiera es oculista. Con *extraer cataratas*, acertando unas veces y haciendo tuertos y ciegos otras, pronto se alcanza fama de oculista. De esto á ser oftalmólogo, media un abismo. El doctor López es lo último. Conoce perfectamente las

dolencias del aparato de la visión; diagnostica muy bien; plantea discretamente los tratamientos; siendo á mi juicio el médico que con mejor fruto cultiva la oftalmología en Cuba.

Y si algún malandrín envidioso dudase de mi afirmación contesten por mí,—sus monografías: observaciones clínicas. — Notas Fisiológicas — 1890 — Habana — Ocular — Leprosy — (Translated by Dr. C. Finlay — New-York — que honra á su autor, por ser el mejor trabajo de Lepra ocular — publicado por los «Archivos ophtalmologie» — y sus notables trabajos de la *Revista de Ciencias Médicas* y en los «Archivos de la Policlínica.»

Su mejor elogio lo ha hecho el público. *No visita enfermos.* Solo da consultas y su casa — Obrapía 51 — se vé muy concurrida.

No es rico. No ha hecho fortuna al casarse como otros. Y vive decorosamente. Compra muchos libros; posee magnífico instrumental. ¿Quién provee á todo este gasto? El con su trabajo profesional.

Empecé haciéndole una justicia. Y termino, haciéndole otra. Es modesto.

Dr. Joaquín L. Dueñas.

Especialista en enfermedades de los niños; colaborador de la *Crónica Médico-Quirúrgica*; miembro de la Sociedad de Estudios Clínicos.

Fué derrotado en las oposiciones á la Cátedra de Enfermedades de la Infancia. Derrota honrosa, pues el Dr. Dueñas hizo una brillante oposición. El Tribunal le hubiera dado una cátedra, si hubiera habido dos vacantes.

Fué un estudiante modelo, y continúa siéndolo. Se ha ocupado de Patología tropical, en cuya rama ha emitido ideas propias y discutibles. El Dr. Silverio le salió al encuentro con tiquis-miquis, reparos y distingos; replicó Dueñas brioso, contundente y demoledor; arremetió segunda vez Silverio y seguimos como estábamos. Más laborioso que inteligente, es hombre de una constancia á toda prueba. Se propuso saber Patología Infantil, y lo consiguió; se empeñó en tener clientela y lo alcanzó. Es una hormiga en el trabajo, en lo constante; una ardilla, en lo activo. Vale, y vale doblemente, porque todos sabemos admirar en él la heróica lucha que ha sostenido y sostiene por la existencia.

Para médico de niños le encuentro una condición estimable: la paciencia.

Deploremos que se haya quedado fuera de la Universidad. Celebremos en él la constancia, la fé y la virtud con que se entrega á una profesión penosa é ingrata.

Doctor Rafael Weiss.

Tiene tipo de agregado de embajada. Rubio el bigotito; castaños los ojos; rosa mate, la piel; cuerpo delgado; viste elegantemente, adoptando un airecito de aristócrata *puresang*.

Fué ayudante personal del Dr. Bango. Estuvo dos ó tres años practicando con el simpático médico de Habana 51, que tuvo buena sombra para Weiss.

Rafael Weiss ha logrado hacerse clientela merced al propio mérito, al estudio constante, á la observación clínica más rigurosa. Ha caído en ese océano, que se traga tantas reputaciones y no ha naufragado. Weis ha sabido nadar y ha nadado á lo Boyton; con una diferencia en su honor, que su *aparato especial* está formado por un gran caudal de conocimientos tocológicos y por un cerebro perpicaz, observador, propio del práctico que no olvida la ciencia por el arte.

Su reputación como partero está bien cimentada. Weiss es buen comadrón, en el sentido extricto y lato del vocablo.

Pasa por haber sido el discípulo predilecto del Dr. Casuso. De ser así tal predileción está justifi-

cada en la pericia, asiduidad y estudiosidad del Dr. Weiss.

Su consulta en la Policlínica, Obrapía 51, se vé muy concurrida.

Si el médico nada deja que desear, el hombre tampoco se queda atrás. Rafael Weiss es un joven fino, educado, cortés, amable, simpático, que se da á querer de todo el que le trata. ¡Como que se adaptó mucho á la *mascotterie* del Dr. Bango!

Dr. Arístides Mestre.

Es un muchacho trigueño, bonito de cara, que fué naturalista, y ahora es colono de un ingenio de su mujer. Olvidó á Montané por Francisco Javier Balmaseda.

Tiene la generosidad de ser catedrático auxiliar de la Facultad de Ciencias. Secretario de la Sociedad Antropológica, parece haberla hipnotizado. Dícese que desde que Mestre alcanzó la Secretaría, aquella no celebra sesiones.

¡Si le estará preparando los funerales!

¡Ah! Se me olvidaba. Es el orador *necrológico*. Dos necrologías le han alcanzado el membrete.

Y pare usted de contar.

Dr. Vicente Laguardia.

Me parece estarle viendo en su sala de San José del antiguo Hospital de San Juan de Dios, hoy Reina Mercedes. Su cabeza entrecana, prematuramente por hondos disgustos morales; su cara, ceñida por dos patillas; su continente sério, magestuoso, que hacía coquetón un chaquet de corte irreprochable; todo hacía de él un tipo distinguido de médico de Hospital. Los internos le queríamos porque era fino y bien educado. ¡La buena educación escasea tanto en los médicos de Hospital! Parecen los furrieles de la profesión. Vicente Laguardia era entonces, como el Doctor Cabrera Saavedra, como Raimundo Menocal, como el feo Casuso, de la gente estudiosa y pensadora. Daba gusto ir á San José. Aunque esta sala no brillaba por sus condiciones higiénicas, ilusionaba entrar en ella. Los enfermos eran rigurosamente observados; se hacían bastantes diagnósticos buenos; los tratamientos eran la expresión de la última palabra de la ciencia. Laguardia desechaba ese padrón de ignominia que se llamaba Formulario de los Hospitales, donde la exactitud de la indicación se sacrificaba á la baratura de la droga; su terapéutica clínica utilizaba los nuevos agentes y

desechaba juiciosamente el fárrago inmundo de la farmacología tradicional.

Es de los médicos más ilustrados que conozco. Observador sagaz, ha sabido reunir datos preciosos en su menografía sobre la Fiebre tifoidea; trabajo que le acredita como clínico. No diré, que esto no hace al caso, si la tésis defendida en ese opúsculo es la mejor; pero sí repetiré que es un trabajo concienzudo.

Es la primera autoridad de la Habana en Demografía. Sus estadísticas son las más exactas y contienen preciosas enseñanzas, que, desgraciadamente para la gran ciudad, no utiliza ni siquiera conoce, su *Muy Ilustre y desaseado* Ayuntamiento.

Auscultador excelente, posee extensos y profundos conocimientos sobre las enfermedades del pecho. Y — condición laudable — ha tenido la virtud de no anunciarse como especialista.

Es miembro de la Sociedad de estudios Clínicos y de la Academia de Ciencias.

Hombre sério, seco, aunque cortés, no tiene don de gentes como Cubas, pero tampoco es un *aislador* de simpatías como el Dr. Cowley (don Luis.)

No ha tenido á su favor la suerte. Ni ésta le sopló ni le sostuvo la política. Vale porque sí; por esfuerzo propio. Porque estudia, porque piensa. Es de los escojidos. Y por eso está fuera del *montón anónimo*, donde va lo que se desecha, lo inútil, lo estéril; montón donde retozan los cretinos y los vulgares.

Dr. Gustavo López.

De estudiante, era monomaniaco. Hoy es mentalista. Tenía la manía del Parque Central. No por el Parque, como ustedes comprenderán, sino por una chica bonita, elegante y graciosa, que entonces le sorbía los sesos, y hoy, ya señora de López, le ha prodigado dos ó tres chicuelos hermosos y sanos que retozan alegremente.

Era entonces, allá por 1879, un hermoso y apuesto galan, trigueño, de ojos negros, risueño, alegrote y retozón, que, como pelaba la pava, llegaba á la Clínica con ojos abotagados de muchacho dormilón y.... *modorro.* Pero en la apariencia. Era aplicado y, como no era topo, solía alcanzar buenas notas. Era zalamero, dicharachero y picarón; siempre retozón, como todo joven de génio vivo, gustaba mucho de la guasa y su delicia mayor era un choteo del Dr. Bango; sério señor dado como pocos á chotear al prójimo. Gustavo era la niña mimada de sus compañeros; y sus gracias y majaderías caían siempre como onza de oro. Por donde un muchacho hermoso como él, que pesaría 170 ó 180 libras, resultaba lijero.

Tomó estado el chico de la de López y se hizo Interno de Mazorra. La noticia, que leí en «El

País, » excitó la carcajada más homérica que darse pueda. Supe después por la Sra. de Malberti—su compañero en Mazorra—que el Dr. Gustavo López cultivaba con éxito la Frenopatología, y si ustedes quieren probarlo pueden consultarse con él. Ahí van sus señas: Obrapía, 51. Los jueves, de 11 á 1. Si urge pueden ustedes pasarse por Mazorra, Asilo de Alienados, Potrero de Ferro, Habana.

Dr. Diego Tamayo.

Trigueño, alto, sério, bien parecido, ha sido Bacteriólogo *chez le docteur* Santos Fernández, y es, desde hace años, médico de visitas de naves del Puerto de la Habana.

Alumno notable de la Facultad de Barcelona, hubiérase abierto paso si no se le ocurre ir al Laboratorio.

La *jjjetatura del Sr. D. Juan....* lo saló.

Preside la Sociedad de Estudios Clínicos. Y la preside digna y merecidamente.

Hace un buen Presidente. Ilustrado, amable, discreto, prueba una vez más que los jóvenes saben dirijir tan bien como los viejos. Y algunas veces, mejor.

Vino de la Vieja Europa en condiciones de ser experto clínico, observador sagaz y profundo, y abandonó la Medicina práctica por las *nebulosidades del microscopio.* Stemberg, Finlay y Tamayo se traen cierto choteo con la fiebre amarilla. Mucha observación, mucho estudio... y nada más. Pónganse de acuerdo, cambien impresiones, y resultará algo práctico. Apena pensar que

hasta ahora no hayan ustedes resuelto nada, á pesar de que los tres son talentosos y estudiosos.

En su trato interno, en casita, es hombre dulce, sério, afable. Nuestro bayamés es de los que atraen. Compañero digno, leal y consecuente, bien merece un puesto en esta galería.

Dr. Francisco Vildósola.

Es el Felipe el Hermoso de la Facultad de Medicina. Brilla por su hermosura de cuerpo y de alma. Es un cumplido caballero. Hombre atento, fino, cortés, nadie acude á él sin oir una frase de atención. La Facultad no pudo hacer mejor elección para el cargo de Secretario, que desempeña con asiduidad, celo é inteligencia.

Es uno de los virtuosos de la enseñanza. Nada más espinoso que explicar sin fijeza una asignatura. Suplir al propietario hoy en la asignatura A, mañana en la asignatura B, es difícil, enojoso cometido. Y Vildósola ha explicado á un tiempo Patología Interna é Histología Normal y Patológica; asignaturas de diversa índole y que implican aficiones distintas.

No es un orador fogoso como lo fué Arteaga, como era Pulido Pagés, pero expone bien, ordenadamente, con sencilla elegancia y perfecta claridad. En sus lecciones de fiebre amarilla se mostró más histólogo que clínico; pero demostró tener condiciones para la enseñanza.

Posee un laboratorio bastante bueno. Después del de Santos Fernández, tal vez sea el mejor de la Habana.

Bacteriólogo, histologista, personifica el médico de gabinete.

Fué buen estudiante en Barcelona.

Es leal y consecuente con sus compañeros de entonces, que le recuerdan siempre con gusto.

Entregado hoy á las dulzuras del hogar que comparte con distinguida dama, vive feliz entre células y microbios, ageno á las luchas de la vida profesional.

Doctor Eduardo Echarte.

Serio, feo, trigueño, hosca mirada, duro el ceño, el Dr. Echarte resulta un tipo repulsivo.

Conversando con él, oyéndole hablar parsimoniosamente, su lenguaje fino y culto, sus maneras corteses, encantan; la impresión se borra y concluís por encontrarlo simpático.

Es una hormiga de hospital. Hace su trabajo á ratos; constante. Ausculta mucho, con mucha calma, con mucho orden. Lee mucho.

Ejerce en Marianao. Su clientela es poco numerosa. Sabido es que en la adquisición de aquella entra por mucho la suerte. El dueño de la mejor no es siempre el médico más instruído.

Me parece Eduardo Echarte un buen muchacho. Y un médico ilustrado.

Doctor Tomás Plasencia.

En justicia Plasencia *el malo*. El malo, porque maldito si vale gran cosa. Ni cirujano, ni médico, ni catedrático; ni siquiera *alienista*.

Habría que gritarle: «Usté no es ná, usté no es chicha ni limoná.» Es un fruto del sistema colonial, que ha surgido en la Universidad, como pudo haber surgido en una huerta.

A un descaro otro mayor. Él tiene la osadía de ser catedrático auxiliar; yo tengo el cinismo de decirle todas estas lindezas. Porque las merece, las digo. Me he propuesto no mentir y procuro ser «Pepito» en el «Octavo no mentir.»

Si este país tan rico, tan notable, tan generoso, no fuera tan desdichado, el Dr. Tomás Plasencia no sería catedrático. Sobre las desdichas de mi patria pesa ese caballero como los presupuestos crecidos de la oteicería madrileña. Ni más ni menos.

Empecemos por decir que cuando explicó Medicina Legal, aquello no era Medicina Legal ni Cristo que lo fundó. Mata, debía revolcarse en

horrible danza epiléptica al verse profanado en los labios de D. Tomás.

Y hablemos del hombre. Es educado, fino, atento y cortés. Un caballero muy correcto y un catedrático... *infumable.*

Dr. Enrique Acosta.

Pianista. Especialista en...rabia. Y Secretario particular *scientifique* del Dr. Santos Fernández.

Repitamos con la Mascotte: ¡oh que hermosa naturaleza! Nuestro amigo es grueso, rechonchito; parece el hombre que vendió al contado, respira *bonhomie*, y afeitado, parecería cura párroco por su aspecto de hombre robusto y feliz, que vive en paz con la tierra y el cielo.

Es muy trabajador. Apenas visita enfermos. Se dedica á las inoculaciones antirábicas, en que es sin duda la primera autoridad en Cuba. Pasteuriano intransigente, no tolera chinitas contra la obra del sabio Francés. Dígalo su discusión con los Doctores Martínez (el bactereólogo más discreto de Cuba) y Fuentes.

Acosta repetiría, si no temiera á la crítica, parodiando á Mahoma: No hay más que una Medicina, la de los virus atenuados, y Pasteur es su profeta.

Así como la libertad hay que aceptarla con todas sus consecuencias, á Enrique Acosta hay que quererlo con todas sus exageraciones de escuela, porque, en el fondo, es un muchacho excelente,

que se ha formado solo; y porque es un obrero infatigable de la ciencia.

Trabaja mucho en la «Crónica», en el Instituto Batereológico y en la consulta del Dr. Santos Fernández. Si este trabajo asiduo le hará rico, no lo preguntamos.

Si quiera no sea así, le mantiene sano; eternamente grueso, y eternamente jóven.

Dr. Juan Manuel Espada.

Periodista, médico distinguido y especialista de renombre.

Orador, que ha dado mucho juego en el *Centro Gallego*, es uno de esos farrucos con más letra que un escribano viejo.

Ha sido médico de la Armada, y se le pegó de nuestros marinos de guerra la galantería, la distinción y la amabilidad. Es un caballero muy distinguido y un hombre muy sociable.

Regionalista caliente, delira por todo lo de su tierra. Ha librado rudas batallas en obsequio de sus paisanos y en esta generosa campaña, si no le han faltado aplausos, no le han escaseado malos ratos y sinsabores. Cuando habla en el *Centro Gallego* y se calienta, vuélvese elocuente, muéstrase enérgico, hábil y entonces solo se le podría soltar un gallo: Waldo A. Insua; que es tan caliente como él, tan listo como él, y tan regionalista como Espada.

Es un buen periodista, y un hombre de cultura intelectual muy superior.

Goza de generales merecidas simpatías en la Sociedad Habanera, y especialmente en la Colonia Gallega, donde brilla por su talento.

Dr. Esteban Borrero Echevarría.

El primero de nuestros escritores médicos; el más hábil; el más original; el más profundo y el más intencionado. Posee una vasta erudición, de que no hace alarde al escribir, pero que se transparenta en sus artículos. El más famoso de sus escritos vió la luz en la *Revista de Ciencias Médicas* en el número del Centenario de Colón. Nada más hermoso, arrogante y viril. La forma es elegante, tersa, pulida, majestuosa. El fondo es enérgico, hábil, exacto. En «La Profesión Médica en Cuba» el autor retrata nuestra situación de mano maestra; es un boceto breve, compendioso; exactísimo. Muéstrase un Sanguily en lo valiente; apostrofa atrevida y duramente al Gobierno; enaltece en breve y compendiosa frase á la juventud cubana.

Por coincidencia singularísima de su talento, en Borrero Echevarría se maridan la teoría y la práctica. Es médico de reputación. Ejerce en Puentes Grandes.

Es el colaborador de más ímpetu que tiene la *Revista de Ciencias Médicas*. Y ha probado, como Varela Zequeira, que se puede entender de Filosofía y ejercer la Medicina. Tal vez su condi-

ción de filósofo mejore su condición de médico. Y sin tal vez.

Dotado de un espíritu superior, que abrillanta una instrucción enciclopédica, el Sr. Borrero Echevarría es una legítima esperanza de la Medicina Cubana.

Dr. José Varela Zequeira.

Amigo del País; filósofo; cirujano. Es un joven de talento. Entiende mucho de Filosofía. Y practica hoy la Cirujía. En la Policlínica de Obrapía 51, que honra á la Habana, es Varela Zequeira el cirujano.

Como todo joven carece de historia. Pero no de nombre. Es muy conocido en los círculos científicos. Si no desmaya, si persiste en su tarea, el porvenir es suyo porque tiene talento.

Ha probado que sirve lo mismo para un fregado que para un barrido. Tan pronto es cirujano como filósofo.

Que conserve la fe, y la gloria le batirá sus palmas. Realidad hermosa, porvenir lisonjero le sonríe.

Nota bene. Es un trigueño muy agraciado.

Dr. Serafín Sabucedo.

El general de las corazonadas tuvo la *idem* de hacerlo Doctor en menos que canta un gallo.

Nuestro estimable colega es un gallego aprovechado, hábil, travieso, que ha dado mucho juego.... en el *Centro Gallego*. De sus campañas en el centro regionalista, no hemos de hablar. Si le acreditan de audaz y truchimán para unos; otros le acusan de hombre exclusivista y apasionado. Ni quito ni pongo Rey. Me permito opinar que es un hijo amante de Galicia; que habrá podido equivocarse, pero que ha procedido como bueno.

Por su educación literaria es hijo legítimo, y de los más provechosos, de la Universidad de la Habana. Provecho de ciencia y de tiempo. Quiso sentarse al lado de los Maestros y la suerte le fué adversa. Señalemos la legítima aspiración y deploremos el fracaso. Por él. No por los estudiantes. Hombre apasionado, el Dr. Sabucedo se hubiera conseguido muchos odios que... no le deseo.

Se los hubiera conseguido porque pudo haber salido de la Inspección de los Servicios Sanitarios Municipales con grandes prestigios, y vive en ella vida odiosa, no envidiada; vida que pudo esquivar sin su negativa á defender los fueros profesionales, los derechos del saber y las aspiraciones de la juventud médica cubana. ¡Con cuánta pena

veo esta actitud del Sr. Sabucedo! En su país natal jamás fueron los cubanos preferidos en concursos, oposiciones ni exámenes; y viene á Cuba Serafín Sabucedo, estudia, se recibe Médico, y cuando se encuentra al frente de los Servicios Sanitarios, pone todo su empeño en cerrar las puertas á sus compañeros de aulas. Negra ingratitud, abominable, capaz de empañar la reputación más limpia. Lo siento hondamente porque Sabucedo merece mejor suerte, por su laboriosidad, su constancia y su talento.

Tiene el mérito indiscutible de haberse formado solo y reparte con el Dr. Espada y con el señor Cora — médico de la Armada — las simpatías de la colonia gallega. Es hombre estudioso, que piensa lo que hace, observa bien á sus enfermos y sabe hacer buenos diagnósticos. Tuvo la debilidad de creer que el fenato de sosa curaba la fiebre amarilla, y los fracasos le curaron su manía. La murmuración le motejó de «hombre del fenato,» la frase hizo suerte y nuestro Doctor olvidó su teoría y se convirtió á la realidad.

Al fundarse la «Asociación de Médicos Municipales» de la Habana, el Dr. Sabucedo cometió una pifia. Informó en contra. Informe que es un borrón, para el Dr. Sabucedo, que solo pudiera justificarse por una obcecación. ¡Pensaría que la Asociación, nacida al calor de una idea generosa, le quitaba atribuciones! Recordó el simpático galleguito que su país natal confina con el Reino de Portugal, y se mostró con sus leales y dignos compañeros... portugués con mando! Actitud deplorable que lamentamos sinceramente.

El Dr. Sabucedo es Médico de la «Integridad Nacional.»

Dr. Eduardo G. Lebredo.

Es el sportman de los chicos de Lebredo.

Sportman vale aquí por su traducción literal: hombre de sport, es decir, dado á los ejercicios de sport. La versión libre de Santos Villa, aplicada á la policía de la Habana, no traduce mi pensamiento y la excluyo puesto que se presta á comentarios.

Eduardo es un joven trigueño, de mirada viva y expresiva (herencia paterna), que viste correctamente y gasta siempre sombrero de copa, que lleva con chic. Y no á guisa de muñidor. Carece de ese aspecto fúnebre, delator de la profesión, que caracteriza á varios apreciables sujetos que ejercen la Medicina en la Habana. Ni el ancho faldón de la mugrienta levita inglesa ni el arremolinado pelo *de la bomba*, ni ese andar magestuoso, arrogante, de hombre satisfecho de Dios y de sí mismo, asoman en el cuerpo ni en el rostro de Eduardo Lebredo. Tiene aire de *vigirita refinado*.

Surge, al verle, la pregunta: ¿Mediquito? ¿Abogado? Es un muchacho de Inglaterra, de la acera del Louvre, que se decía antes de la innovación Villamil. Ha dedicado sus aficiones á la esgrima,

Y bien pudo repartirlas con el base-ball. Su naturaleza exigua, sus músculos de habanero, poco regados de sangre, hubieran ganado mucho con los *flys* y los *outs*. Lograron Mérignac y Brunet un aprovechado discípulo, que perdió «El Fé.»

Es de los discretos de nuestra juventud médica. Instruído y modesto, no ha unido su ilustre apellido al ejercicio de *especialidades ad magoren glorian argenti;* ni ha dicho ni hecho necedades en la prensa ni en la Sociedad de Estudios Clínicos.

Hace literatura, tira al florete, pasea por *la acera*, lee medicina, y prepara así sotto-voce, modestamente, su espíritu para las luchas profesionales.

Que la esperanza no falte á sus alientos; que el éxito corone sus esfuerzos. Quiera Dios que lleve siempre, como hasta hoy, dignamente el apellido de su ilustre padre.

Doctor Mario Lebredo.

Fué á París; estudió y practicó en aquellos hospitales.

Es un muchacho listo, de clara inteligencia, llamado, si persevera, á ser una hermosa realidad mañana, pues hoy es una legítima esperanza.

Sportman distinguido, sabe hacer una risposte y un diagnóstico bueno.

Doctor Emilio Martínez.

Bacteriólogo, anatómico y clínico.

Su tesis del Doctorado: Diagnóstico Diferencial entre el Ictero grave y la Fiebre Amarilla, es lo mejor que se ha escrito en América sobre el asunto.

El laboratorio del Reina Mercedes dá claras muestras de sus conocimientos en Histología y Bacteriología.

Ha sido ayudante del Dr. Jorge Stemberg, en New York, que le cita encomiásticamente en su reciente trabajo sobre Fiebre Amarilla.

Sus certificados en las casas de socorros le acreditan bajo el punto de vista médico—legal y de la precisión del diagnóstico; vale mucho. Aunque nadie se sospecharía que bajo su apariencia de detallista robusto, se oculta un médico notable, hay que convenir en que lo es, en que vale.

En enfermedades de garganta aprés Desvernine, (1) el primero — Consultas: Obrapía — 51.

---

(1) La semblanza de este eminente especialista saldrá en la 2ª serie.

Doctor Juan B. Fuentes.

Es el redactor profesional, digo, de las cuestiones profesionales, en la *Revista de Ciencias Médicas.*

Cualquiera creería al ver su aspecto bonachón de hombre feliz de Dios y de sí mismo, que su alma destila miel.

Pero no todo el monte es orégano. Y sabe en sus artículos, ser agresivo, enérgico, mordaz... cuando hace falta; adoptando generalmente temperamentos de templanza en sus escritos.

Fué buen estudiante. Era un muchacho serio, que caminaba pausadamente; que le daba á todos sus actos un sello de vejez prematura.

Tiene la constancia de la hormiga. Para él «*qui va piano, va lontano,*» es la diosa de su conducta; diríase que medita un acto antes de realizar el siguiente.

Estudioso, observador, de clara inteligencia, es de los buenos muchachos; de los que saben y no presumen; de los que huyen del oropel y se cuidan de sus enfermos y sus libros.

Va aquí por propio derecho. Vale, y esto le basta.

Doctor Julio Zúñiga.

Hoy, *von* Zúñiga, digo, *de Zúñiga*.

¡Salve, Bohemio ilustre! ¡Yo te saludo!

Nuestro hombre que es pequeño, delgaducho, pelicano, negros ojitos, se crece ante una mujer, vieja ó joven, fea ó bonita. y se crece tanto, que ni un Miura tiene más intención que él. Es el don Juan de las casas de Socorro. Diz que se quedó cano de tanto amar. Duelista consumado, nuevo Tenorio, *lo que él aquí escribió, mantenido está por él*. Y no digo las dos primeras décimas, porque D. Julio no se arrojó — como D. Juan — y porque D. Julio no tuvo cuanto consiguió — como D. Juan. — Pretender, pretendió mucho, según él y los chicos practicantes de las casas de socorros. Sus duelos debieron tener lugar en apartada callejuela, durante el silencio de la noche y con rondador callejero. Nadie vió padrinos ni oyó ruidos de pistoletazos ni aleteo de cuchilladas ni estocadas.

Su mania : el eterno femenino.

Su vestir de bohemio. Poca ropa, mala, sucia.

Habla gangosamente. He ahí el secreto de sus triunfos amorosos. Su voz delata un hombre de corazón sensible. ¡Y tanto!

Recién introducido el *yodoformo*, se declaró hóstil al medicamento. No lo usaba nunca. Y le atribuía la virtud de causar gangrena local.

Peca de irrascible hablando con los hombres. Dígalo el Dr. Sterling cuando, en la casa de Socorro de la 1.ª Demarcación, le regaló un biscuit al Dr. Zúñiga.

Su entusiasmo por el aceite chalmoogra corre parejas con su aversión al yodoformo. Lo administra á todos sus enfermos por si acaso llegan á estar elefantiásicos.

Y en este país de los vice-versas, ha llegado á Subinspector.

Doctor José Otero.

Subinspector de los Servicios Municipales.

Técnicamente: un fósil. Su clínica, su terapéutica, su cirugía son antidiluvianas.

En illo témpore fué un Tenorio. Cultiva el amor hoy.....de ojitos. Hombre bondadoso, digno y buen compañero, está muy querido en el Cuerpo de Sanidad Municipal.

Cobra al año 1.500 pesos oro....por estar sentado en su oficina. Conste que llegó á esa codiciada poltrona tras largos años de servicio; durante los cuales fué constante, activo y pundonoroso en el desempeño de los deberes de su cargo.

No ha tenido más vicio que amar y....ser infiel. Como á los músicos viejos, no le quedan más que el compás; compás que él lleva con los ojos.

Doctor Federico Córdova.

Escaso de carnes, de mediana estatura, pálido rostro y bigote poco poblado, tiene un detalle inolvidable: sus párpados se agitan incesantes en contínuo momento. Diríase que padecen baile de San Vito.

Fué un tiempo Itálica famosa, digo, gozó en no lejana época fama de médico ilustrado. Hoy ni pincha ni corta.

Es de los buenos del cuerpo forense. Si quiera discurre, y es hombre de algunos conocimientos.

Si no limpia, fija y da explendor al servicio forense; tampoco lo empaña.

Es hombre fino y cortés. Mira con impertinencia, *propter natura sua;* pero no es un Zúñiga, digo, un espadachin.

Y es lo más que puedo decir á ustedes del Doctor D. Federico Córdova.

Doctor Eduardo J. Plá

Físicamente, un buen mozo.

Intelectualmente, una ilustración.

Socialmente, un distinguido caballero.

Lo mejor de la casa.

¡Lástima que sujeto tan recomendable gaste patillas... toreras!

Sr. Presidente de la Asociación de Médicos Municipales: Saludo á V. S. respetuosamente por su saber, por su lealtad, por su dignidad y por su aire torero.

Doctor Secundino Castro

La cara, la cara, no hablemos de la cara. Con decir que tiene cara de figura de cera está dicho todo. Carece de expresión.

Estudia, discurre bien, y tiene conocimientos. Es Secundino, en cuanto al nombre. Y es segundo en conocimientos respecto á su hermano don Raimundo.

Tiene alma de levita. Virtuoso, digno, pundonoroso, figura en el Cuerpo con la aureola del trabajo y el prestigio de la dignidad.

Sigue tenaz, constante, sin rendirse, su tarea de visitar pobres, y en este apostolado vive y vivirá mientras la suerte no sea prodiga con él.

Aunque, efecto sin duda de la idiosincracia, es modesto y no mete ruido, es uno de los médicos más ilustrados del Cuerpo Municipal.

Doctor Guillermo Walling.

«Guillermito de mi bida. Mestoy muriendo por tí. Procura benir aberme sin falta esta noche. Tuya, Camelia. —*La Lucha*, 4 de Abril de 188... Correspondencia secreta. — Me explico que Camelia se muriera por Walling, y que le dijera Guillermito.

Es bajito, delgadito, y bonito. Si señor, tiene una cara muy bonita. Franco, decidor, noble, generoso, simpático, es de esos hombres que conquistan al que les habla. Hombre ó mujer, tiene uno que encantarse apenas lo trate. Si tal nos resulta ¿que sucederá con Camelia?

Cartitas á *La Lucha*.

El Dr. Walling, es muy estudioso. Está al día en terapéutica y en clínica. Ensaya lo último, observa detenidamente, forma su juicio y desecha el medicamento si no le resulta. Su modestia corre parejas con su hombría de bien. Su palabra, su palabra tan solo, es una garantía. Se ha formado una clientela gracias al propio esfuerzo; merced á contínua, interminable labor. Es un verdadero self-made-man.

Si estas líneas resultan enojosas para alguno,

sépase que no soy amigo del Dr. Guillermo Walling.

Justicia inspira mis frases, justo tributo de honor á quien honor se debe.

El, como Vicente Laguardia, como Eduardo Plá, hacen honor al servicio Médico Municipal de la Habana.

¿Porqué no tributarles un aplauso, débil tributo á su modestia, su saber y su constancia?

Dr. Teodoro de la Cerra y Dieppa.

Médico, per accidens.

Escapó de la catástrofe en Noviembre de 1871, y dió con su cuerpo en Santiago de Galicia. Una vez se le ocurrió hacer algo, y estudió Medicina.

Es chiquito y, como todos los chiquitos, vehemente, apasionado y enérgico.

Es el menos Médico del cuerpo. Aunque llena su cometido lo mejor que puede, más le agradan los Girondinos que las teorías de Bouchard; prefiere hablar de los azares de la Guerra que de amputaciones y resecciones.

Diserta admirablemente cuatro horas sobre la guerra de Africa con la competencia de un Cotarelo; pero no le habléis de Medicina. Se encojerá de hombros desdeñosamente y os describirá á Prim en los Castillejos.

Por lo demás es buen muchacho, simpático é ilustrado; excelente compañero y *escritor militar del porvenir.*

Doctor Francisco Regueira.

Es el decano.

El peso de los años ha encorvado su cuerpo. Es bajo. Usa bigote y patillas á lo Plá, digo, toreras.

En sus mocedades fué estudioso.

La edad y su antigua enfermedad, le han disgustado con los libros y casi agotado la sensibilidad acústica. No ha perdido del todo sus ilusiones cuando todavía cree enterarse de lo que pasa en el pecho de sus enfermos. ¡ Es sordo. . . y ausculta ! ¡ Valientes extertores oirá el buen señor !

Doctor Francisco Reyneri.

Cuentan las crónicas que su maestro de primeras letras, pasó grandes penas y apuros. Panchito era una ardilla. Nunca en reposo, costó Dios y ayuda que aprendiera á leer, escribir y contar. Apenas reconoceriase hoy al chico revoltoso de la escuela en el señor alto, delgado, de rubio y largo mostacho, ojos verdes y escaso pelo, que se llama el Dr. Reyneri.

Padece la monomanía de ser el Cicerone del servicio municipal.

La Medicina mental le sabe á ecuación de segundo grado con varias *incógnitas*. No le entra. Ni á Córdova tampoco. Redactarán en amor y compañía unos cuantos certificados de demencia que resultaría ecuaciones bicuadradas.

No ha sido obstáculo esta afición para que el Dr. Reyneri llene como médico su cometido. Y es además una buena persona aunque escasa de pelo.

Dr. Edelmiro Fernández

Largo mostacho, abundante de carnes, ojos indefinibles, crespo el cabello, buena estatura, D. Edelmiro resulta más bien capitán de carabineros que Doctor en Medicina.

En el tercero ó cuarto libro de la casa de socorros de la tercera demarcación, escribió un tiempo, mojada la pluma en *biliverdina*, el bilioso Dr. Cabrera Saavedra, este *epitafio*: «Se advierte al médico de guardia Dr. Fernández, se fije en lo que hace para que no haga disparates.—Cabrera.»

Digo *epitafio*, porque D. Edelmiro hablaba en un certificado de *octava costilla externa*. Y solo muerto, y bien muerto, se puede hablar de costilla externa... rediós!

Sin que esta frase genial del Dr. Cabrera Saavedra sea obstáculo para que el señor Fernández (D. Edelmiro) tenga alguna clientela y... cobre su sueldo, y tal, si señor y pues.

Doctor Francisco Quesada.

Está apergaminado á fuerza de pensar en las neoformaciones. Delira con las amputaciones, no por ellas ni por los amputados; y sí por la *neo-formación celular* en los muñones. Es médico de conocimientos; tiene buena memoria, es locuaz y se expresa con elegancia; habla con gracia y le gusta hacer chistes. Màs que la neo-formación y el chiste, le gusta... ¿á que no lo adivinan ustedes?

Sacarle á relucir *un frijol* al lucero del alba.

Doctor Núñez de Castro.

Fué pintor de afición y estudió Medicina.

Es médico de casas de socorros; alto, miope; ni gordo ni flaco; buena persona y muy amigo del Dr. Zúñiga. Surgió astrónomo de la noche á á la mañana. Diserta en *La Discusión* sobre planetas....

Es de esos hombres felices que carecen de historia. Es de los nuevos. Tiene conocimientos, y aunque no habla de estrategia, como Teodoro de la Cerra, tampoco tiene *pelota* por *la ciencia médica*.

Doctor Guillermo Benasach.

Miope, narigudo... y Académico.

Cree en aires colados y en pulmonías, pleuresías y hepatitis á frigore. En cuanto el primer norte asoma las narices por la boca del Morro, ya está D. Guillermo cerrando puertas y ventanas.

Para él, todas las heridas en la región precordial son graves. Y ni tanto ni tan calvo. La prensa médica extranjera refirió no ha mucho un caso de herida del corazón en que el herido sobrevivió nueve días. El proyectil estuvo alojado en el mismísimo músculo cardiaco.

Aparte de esta debilidad lamentable, repito que es Académico, hombre culto, anciano respetable y persona decente.

Doctor Miguel Biada.

Figuraos á Pancho Quesada, en estatura, ingertado en la grasa de Juan R. del Cueto, y os resultará Miguel Biada; que es un corazón excelente, un hombre inteligente y un médico de los que valen.

Todos los que fuimos sus compañeros, tendremos, á fuer de trocarnos en ingratos, que recordar á Miguel Biada. Era el tipo del estudiante bohemio, en el sentido de que todo lo suyo era de los demás. Generoso como pocos, sus labios nunca podían negar; sus manos, siempre se abrían para dar. De carácter independiente, modesto, enemigo de la adulación, ageno á la lisonja, supo por propio esfuerzo hacerse hombre; estudió mucho, sin hacer alardes de aplicación; cerebro organizado superiormente, nadie sospecharía al verle despreocupado, rosadote y bonachón, que debajo de esa capa de burgués se ocultaba un médico ilustrado.

Es de los nuevos del Cuerpo, pero es de los que hacen falta. Querido de sus compañeros, pasa por hombre tribial porque no usa mugrienta levita ni bomba peluda; pero vale mucho más que algunos viejos, y es realmente un joven de legítimas esperanzas.

Dr. Augusto Figueroa y Riambau

Físicamente, un hombrecito delgado, de sonrisita entre mordaz y burlona, nariz prominente en que cabalgan unos quevedos de miope.—Moralmente, un joven educado, fino, de corte habanero *puresang*, sin las exageraciones del criollo mimado.

Fué buen estudiante. Sobre todo en Clínica Médica. Tímido, no brilló por exceso de modestia ó falta de ímpetu; pero alcanzó sobresalientes, porque el chico estudiaba.

Es una violeta en punto á delicadeza.

Los practicantes de casas de socorros lo quieren con idolatría ciega; idolatría surgida expontáneamente como débil recompensa á la extrema bondad y tierno afecto que inspiran los actos del Dr. Figueroa.

Contemporáneos en la Universidad volvieron á encontrarse en los distritos municipales, este chico diminuto y ese hermoso muchacho que se llama Juan R. del Cueto.

Dr. Juan R. del Cueto.

Su cuerpo está pidiendo, sistema Banting. Si se empeña en seguir engordando, pronto la obesidad envolverá su físico hasta exigirle una cura seria de enflaquecimiento. Y que carece, como Miguel Biada, de largos huesos donde extender sus tegidos adiposos. Por lo demás, Juan R. tiene buenos ojos, buen mirar, una boca muy graciosa y un bigote que da gusto.

Es un burgués en sus hábitos. Viste decentemente, come ricamente, fuma imperiales de Caruncho y conversa con sabrosura. Tipo criollo, posee *esa guachinanguería* que os encanta, os atrae y os seduce. Gusta de los cuentos de Bocaccio y se ríe mucho y con ganas.... sobre todo, si está digeriendo.

Así como Teodoro de la Cerra se sabe de memoria la guerra Franco-Prusiana, el Dr. Cueto se sabe el Reglamento de las Casas de Socorros, las circulares, órdenes y disposiciones del Inspector de los Servicios Sanitarios Municipales, como un chiquillo aplicado el Catón Metódico.

Siempre quiere estar dentro del Reglamento. Primero renuncia á una Tártara ó á un Marengo, que dejar de cumplir el Reglamento. Unica exa-

jeración de su carácter; que por lo demás, vive encerrado en un marco de dulzura y *bomhomie* inalterable.

Hermano del talentoso abogado José A. del Cueto, no posee la viveza de genio del catedrático de Derecho; pero en cambio sabe darse mejor vida. Goza feliz de una placentera existencia que comparte alegremente entre sus enfermos y sus imperiales.

Doctor Enrique Porto.

Vacunador, ortopeda, hombre ilustrado, se dedica á el Instituto de vacunación y á colocar aparatos ortopédicos. En Ortopedia no tiene rival. No le ha salido un Delfín como á Gordillo.

Es de la gente buena del servicio Sanitario Municipal. Y de esos hombres prácticos que no tienen historia.

Doctor Antonio Durios.

Tuvo un ideal; luchó por él. ¿Qué le queda de su generosa aspiración, de su fé en el porvenir de la patria? Una hendidura circular en la frente; estigma indeleble de sangre generosamente vertida... un cuerpo robusto, desarrollado por las inclemencias del tiempo, caldeado por el sol de estío, aguijoneado por las espinas de la maleza.

Hoy vive tranquilo en la casa de socorros de la 3.ª Demarcación.

Doctor Enrique Portuondo.

Presumido, bajito, delgado, miope y bigotudo.

Físicamente, un *gomoso*.

Científicamente: UNO DE TANTOS. Cobra el sueldo; cumple exactamente los deberes de su cargo. Cuida más de su persona que de sus clientes, que si le dan para vivir, ni le quitan sueño ni le darán riqueza.

Dr. Adolfo Robles y Vallecillos.

Robles y Vallecillos: ¡Qué abuso del reino vegetal!

Tiene tipo de comisionista alemán. Rubio, bonito de cara, alto.

Padece de *palabrorrea*, que diría García Solá. Habla mucho y seguido, y sin cansarse.

¡Cansancio.... palabra inútil para él! Es incansable en hablar y en reclamar al *Monicipio* de la Habana... su plaza de médico supernumerario, ganada en oposición, antes, bastante antes que el Sr. Saavedra.

Conste que la plaza es de Robles y Vallecillos aunque Corujedo se llame «andana» y Saavedra se haga el inglés de los caballitos; dicho sea en honor de ese señor de los Robles y Vallecillos.

Doctor Arturo Sansores.

Gasta patillas colosales. Casi le llegan al epigastrio.

Disertó sobre quistes ováricos.

Y escribió la historia de « Plinio. »

Dr. Anastasio Saaverio.

Médico cirujano, Médico Higienista y propietario de Payret y socio de Borbolla, s. e. ú o.

Es el Romero Robledo de los médicos habaneros. Su osadía, como la de aquel funesto personaje, no tiene límites. Dijo horrores del esfinter anal en las oposiciones á la cátedra de Anatomía, en que probó su suficiencia... escapándose por la tangente y tomando las de Villadiego.

Más tarde contiende con el Dr. Jover y éste le sacude el polvo que fué un gusto. El destino vengó á nuestros compañeros de Colón, para quienes el Dr. Saaverio ni quiso ni supo ser médico. ¡El verdugo de los médicos de Colón se dejó poner el sayo por el Dr. Jover en las famosas oposiciones!

¡Triste reparación que el destino ofrece á los buenos, dignos y leales! Demostrado quedó entonces que el Dr. Saaverio no sabía Patología Interna, ni estaba en el camino de llegar á saberla.

Él se cuidó de probar que sabe hacer negocios buenos, como el de Payret; que es de los dicho-

sos de la política, pues debe al partido de la U. C. todo lo que es, todo lo que tiene y todo lo que representa.

Si no fuera médico higienista, no encajaría en en este libro, porque en el ejercicio de la profesión no es de los que brillan.

Dr. Pantaleón Machado.

Bajo, aguileña la nariz, bigotes de granadero, y feo... como Picio.

Se dice que fué buen médico, y que lo es todavía. Alguien dice que en sus mocedades se cuidó más de las ciencias médicas que hoy. Es verdad que entonces no era rico. Y hoy, si no lo es, tiene algo.

Es una persona distinguida, de trato afable y maneras corteses.

Y es higienista.

Doctor Francisco Rivero.

Físicament,e un Walling... envejecido.

El Dr. Rivero es una persona distinguida, culta, agradable. Os atrae su conversación. Es ameno, divertido, culto. Habla con alguna pausa.

Posee una buena clientela en Guanabacoa, donde goza fama de médico de reputación.

Entregado por completo al *ejercicio* de su profesión y á los goces de su hogar, que enaltece con sus encantos virtuosa dama, no se le vé perder el tiempo.

Sus compañeros de Guanabacoa le creen algo exclusivista. Difícil discernir quién tiene la razón. ¿Ellos? ¿El? Averígüelo Vargas.

Desempeña hace años una plaza de médico higienista.

Doctor Juan Miguel Plá.

Es el médico de nombradía en el Vedado.

Hombre modesto, estudioso, de buen ojo clínico, demostró ser inútil... en los negocios.

Dios le llamó por otro camino: el de la Medicina. Domina bien el arte del diagnóstico. Es propietario en el Vedado, donde ejerce con éxito lisonjero.

Modelo de papás, vive entregado á su profesión y á las dichas de su hogar, que alegran unos ángeles de la tierra.

Doctor José A. Tremols.

Discípulo de Belén; estudiante aplicado y joven elegante, de corte inglés; en 1878 era un *lyon* de nuestros salones. Su buena madre, señora bondadosa que admitía en sus salones estudiantes de medicina, no hubiera pensado nunca que el matrimonio, la edad y el agua de Vento, convirtieran á José A., aquel *lyon* de Compostela Street, en un burgués de tomo y lomo. Tan burgués, que más parece, físicamente se entiende, detallista retirado á buen vivir, que doctor en medicina.

De estudiante, era un buen mozo, rubio, esbelto, elegante. Hoy es una botijuela.

¡Efectos del agua de Vento!

Es un médico estudioso, discreto, conocedor de la Medicina Moderna. No brilla en las Academias ni en la Sociedad de Estudios Clínicos, no sé si por apatía ó porque no ha querido dejarse sugestionar por algunos caballeros que sueñan que son sabios y les gusta que la lisonja repita el ditirambo en sus oídos.

Contemporáneo de Romero Leal, era su antítesis física. El y Gustavo López, eran los buenos mozos del curso.

¡Cuánto va de 1878 á 1893! ¡Hoy apenas se llama Pedro!

Se dedica con buen éxito á las enfermedades de las vías respiratorias.

Es un caballero muy distinguido. Y un buen padre de familia. Le queda de su primera juventud un gran cariño:

El Parque Central.

Doctor Carlitos Scull.

Vamos, que se me resiste. No lo puedo remediar. Eso del Dr. Scull me pone... de pata de gallina la piel. Dicho así: Carlitos Scull, me da gusto. Dr. Scull me suena extraño. Me parece que soy presentado á un caballero desconocido. Es como si me hablaran del Dr. Francisco Gutiérrez. Panchito Gutiérrez, el sobrino de D. Nicolás, me suena grato. Es cuestión de acústica.

¿Podreis llamar doctor á un hombre de fisonomía ratonil, delgaducho, macilento, hediondo á cabo de tabaco, que viste inglesa y mugrienta levita y bomba color de ala de mosca?

Dios le puso en el Reina Mercedes para hacer un pendant con Emiliano Nuñez.

Esas dos caras se están dando bofetones. Figuran que Scull es Domingo de Carnaval y Emiliano Nuñez.... Domingo de Pasión. Alegría y tristeza que se quieren. Como que son de los viejos de la casa.

El yerno de Zayas es un hombre agradable, atento y... *decente*. Cuando se ha sido Interno se sabe lo que vale la palabra decente, aplicada á un médico de hospital.

Carlos Scull no es un sabio ni siquiera una no-

tabilidad. Es modesto. Diagnostica con discreción. Formula bien; formulando, eso sí, dentro del estrecho molde de los formularios de hospital, que responden á arsenales. Farmacológicos poco repletos y hasta muy limitados. Es de las medianías útiles que tanta falta hacen siempre; sobre todo, en este país de eruditos á la violeta y de sabios de relumbrón. Aunque no es un encanecido por el estudio, no creais que es un perezoso. En las salas á su cargo se emplea lo moderno; se instituyen tratamientos serios y se piensan las cosas cuerda y discretamente.

Socialmente tiene muchas simpatías. Tiene don de gentes. Es de los que se dan á querer. En mis tiempos era el niño mimado de los internos. Tan mimado que le dábamos pastelillos. En el exterior de su persona apenas se llama Pedro. Viste siempre desenfadadamente impulcro. Eterno bohemio, vive despreocupado de su ropa. Es de los que se lavan con jabón y traen *grasa* en los faldones de la levita. Así como Domingo Cubas ha ido á Saratoga con pantalón dril blanco, Carlos Scull sale siempre con paraguas. Era tan amigo de Panchito Gutiérrez, que se volvió Panchito Gutiérrez, digo, feo.

Plata de buena ley, quisieran muchos fatuos parecerse á Carlos Scull.

Scull en puerta, Gutiérrez á la vuelta.

Dr. Francisco Gutiérrez.

Sobrino de su tío Nicolás, se parece intelectualmente á él como un pitirre á un canario.

No estudia.

Cobra su sueldo.

Receta mucho Emulsión Scott. Y procura comer sabroso.

Y es más feo que Carlos Scull. Vamos, *feo bis.*

Doctor Francisco Marill.

Está dedicado al Reina Mercedes. Es uno de tantos hijos de crianza del Dr. Emiliano Núñez.

Chiquito, cabezón, haragán, picarazado de viruelas, resulta hermoso comparado con sus colegas—y hermanos de crianza—Pancho Gutiérrez y Carlos Scull. Es inteligente, pero vago, muy vago. Apenas estudia. Como todos los hombres chiquitos, mete bulla cuando camina. Para que lo sientan.

Es el menos feo de los tres, pero es el más inteligente. Gracias á su clara inteligencia, á su ojo clínico, ha podido defenderse en consultas.

Hizo un viaje científico y se tornó mentalista. A poco se vuelve Montané, digo Antropólogo.

Y basta de Marill.

Doctor Cecilio Real.

Corría el año de 1879. Por las salas de San Felipe y Santiago discurría grave, serio, un joven alto, feo, intensamente feo, calvo y macilento, de aspecto bondadoso. Era Cecilio Real.

Alma de niño, era querido por todos sus compañeros. Pobre, escaso de recursos, realizó una obra de gigantes. En un país como éste, donde cuesta tanto una carrera literaria, alcanzó el título de Médico-Cirujano.

Es un modelo de constancia, laboriosidad y energía digno de imitarse.

Nególe Dios talento, pero le concedió aquellas tres grandes virtudes, que nuestro amigo atesora.

Económico, modesto, afable, corazón sencillo, ageno al dolo, incapaz de una felonía, se ha granjeado la estimación de todos y es hoy uno de los Médicos Internos del «Reina Mercedes» más queridos de sus compañeros.

Encarnación genuina por su mansedumbre, su paciencia y su aplicación, del verdadero Médico de Hospital, lleva el buen hombre en su rostro la expresión angélica del virtuoso que vé logrados

sus afanes, recompensados sus desvelos. Diríase de él que es el alma de una hermana de la caridad encarnada en el cuerpo de un buen hombre.

¡Dulce violeta del «Reina Mercedes,» yo te saludo!

Doctor Romero Leal.

Un colmo colosal de fealdad. Demostrador sempiterno, verdadero caso práctico de las teorías Darwiniana, su mamá lo echó al mundo muy feo y vino la viruela y zás, dijo: Requetefeo, ¿quién te quiere á tí? y me lo dejó tal como ustedes lo ven, lanzando cañonazos á la Estética.

Calvo, prieto, chico, apenas parece hombre.... de puro ogro. Es listo, muy listo. Y muy activo. Trabaja incesantemente. Miembro distinguido de la Facultad Médica Particular de la Prostitución Habanera, bregando con vaginas y úteros de Lamparilla y Bomba.... se hizo ufiliógrafo. Conoce bien las afecciones sifilíticas y venéreas y su reputación en este sentido es merecida.

Dios le hizo hombre de gracia y esto constituye un encanto para sus clientes. Las *degradadas* que él cura celebran sus frases picarescas y cariñosas.

Tiene el mérito de haberse hecho á sí mismo. Pobre, siguió sus estudios; recibido Médico, luchó varonil por la existencia; su actividad le aseguró el agiaco, y nuestro amigo vive con algún bienestar.

Es Médico de los Bomberos Municipales.

No es una Enciclopedia, pero tampoco es un adocenado. No alcanzará la inmortalidad, pero juro á Dios que *no es ningún zoquete.*

Su lema es: ¡ Más feo que yo, nadie!

Dr. Rafael Suárez Bruno.

Los *gotosos de la milicia* y las coronadas de Venus le creen el *Tournier Cubano*. Ni quito ni pongo rey. Solo sé que Suárez Bruno cura sífilis y venéreo; que está acreditado con el público y en vísperas de ser un Pinilla, y entiendo que es un hombre práctico.

Tiene tipo árabe. Trigueño, ojos y pelo negro; de medianas carnes; risita perenne; nuestro especialista camina con aire de hombre que ha realizado una empresa superior á sus fuerzas. Y lo es seguramente, el haberse encontrado Médico sin clientela; establecerse en la Habana y procurarse honradamente una clientela que, si no dá para lujos, satisface al casero y al panadero, y proporciona el diario para la plaza.

¡Lástima que hombre tan popular como Suárez Bruno esté encariñado con la bomba! No la suelta ni á tres tirones. Abandonó la levita por el chaquet, ¿por qué no usa el hongo? No es capricho mío. Es que no resultan *los sifiliógrafos* con bomba. El y Romero Leal son los azotes de la Sífilis habanera. Benjamín de Céspedes, esa vijirita enciclopédica, debió hacerles un reclamo en la Prostitución Habánera. Se lo merecen. ¡Con qué vigor

atacan el chancro; ¡con qué constancia persiguen la blenorragia, ¡con cuánto ahinco destruyen las lesiones protopáticas de la sífilis. Dígalo el sifiloma del hígado en un asiático, tratado magistralmente por el Dr. Romero Leal!

Saludemos respetuosamente á el Dr. Suárez Bruno. Y supliquémosle el hongo.

Doctor Luis Montané.

Laringólogo, antropologista, Médico de reputación, es el Dr. Luis Montané, una verdadera ilustración.

Hizo su educación en Francia, pero no estérilmente. Fué á París para volver ilustrado. Dicen que tiene sangre francesa en las venas. Agrego que tiene modales franceses, cultura parisién, estilo parisién y... hasta ciencia francesa. Y perdonen sus envidiosos. Los que envidian en Montané su gallardía, su facilidad en hablar de asuntos no médicos, sus conocimientos generales, su cultura de hombre enciclopédico. Nada más fácil que un Médico entienda de cosas de medicina y un ingeniero de ingeniería ; lo difícil, lo que tiene mérito, es hablar y entender, como habla y entiende Montané, de cosas agenas al arte médico. En eso ningún Médico de la Habana le supera. Montané sabe de ciencias morales y políticas, de literatura, de pintura.

Es el Médico de la colonia francesa y el Médico oficial del Consulado Francés de la Habana.

Cultiva con fruto la especialidad de enfermedades de las fosas nasales, garganta y nariz.

Posee extensos y profundos conocimientos de Antropología.

Y, recientemente, ha hecho bueno á Benjamín de Céspedes. Su estudio sobre el *afeminamiento*, leído en francés en el último Congreso Médioo cubano, le ha acreditado como observador sagaz y hábil. En él se muestra el *Zola* de la literatura médica cubana; dicho sea *sans ceremonie*; *sans façon et sans cumpliments.*

Doctor Juan A. O'Farril.

Ramoncito, como le dicen en Colón.

Es el émulo de Vargas, el conservador impúdico del escándalo de Punta y Colón. Émulo, no en ciencia ni en especialidad. Vargas lo es en chanchullos electorales, y Ramoncito en enfermedades de los niños.

Los de Colón están familiarizados con Ramoncito. Tanto, que cualquier día va Gordillo allá y le dirán *Miguelito*.

Aunque chiquito de cuerpo tiene la viveza de la ardilla. Trabaja incesantemente. Partea á la *hembrería* del barrio y visita á los chiquillos. Los papás le idolatran. Ramoncito para aquí, Ramoncito para allá, y con tanto Ramoncito, él, que ya es chiquito, se disminuye tanto, que ahorita se hace microscópico.

Como á todos, se le mueren los enfermos, que no tiene la suerte de curar. Se ha formado á costa de trabajo y laboriosidad. En el barrio de Colón le creen San Rafael. ¿Será por lo del pescado?

A la sombra de Casuso quiso hacerse Cirujano, pero su pequeña mano no le dejó prosperar. Y algo que ayudaría la *jijefatura* de Casuso, que para eso de dar sombra tiene mal ángel. Tiene la palabra Weiss para ratificar.

O'Farril es feo, pero activo. Se cuida del arte, es cariñoso con los enfermos y... el émulo de Vargas.

Dr. Vicente Benito Valdés.

Flaco, trigueño, feo....y simpático. Y hombre clínico, que sabe hacer un buen diagnóstico y hacerlo....sin presumir. Es el Sarah Bernardt de los médicos habaneros. Por flaco. Y por talentoso. En cuaresma no sale á la calle.

Es modesto y estudioso. Sabe más, mucho mas, que ciertos rinocerontes que fundan un periódico, lo redactan en colaboración con la tijera, y llenan la cubierta con los nombres de cinco ó seis mediquillos desconocidos, que ensalzan al Director de la publicación.

Repito que es un clínico eminente pero un mal comerciante. Malo como cabo de *tabaco jorro*, que decimos en Vuelta-Arriba. Prueba al canto: Compró los baños de Belot muy caros y dejó á la Habana bañarse barato.

Está esperando que Horstman salga del canuto, para meterse él dentro. Conste que, feo y flaco, vale. Es de lo mejorcito que puedo ofrecer á ustedes. Y cuando se enfermen procuren tenerlo cerca, si quieren salvar el pellejo.

Como todo hombre de mérito, huye el mundanal ruído y sigue las huellas por donde han ído,

los pocos sabios que en el mundo han sido.

Doctor Albarrán.

Pedro Albarrán es hermano de Joaquín, un cubano que dió y dá honra á España en París.

La familia Albarrán es la familia Silvela de los médicos cubanos. Quiero decir que así como no hay un Silvela bobo ni tonto, tampoco hay un Albarrán inepto ni desconocido.

El de aquí, á quien alude ésta semblanza, goza de gran reputación en Sagua la Grande, donde ejerció con notable acierto y formó una escogida y numerosa clientela. Es un gran cirujano y un buen médico. Perfeccionó sus estudios en París, dedicando sus desvelos á las afecciones de las vías urinarias; en cuya rama es la primera autoridad de Cuba.

Demos por cierto y positivo que Pedro Albarrán es un especialista. Nació con sangre de cirujano, es decir, con disposición para operar; estudió mucho, porque es hombre de cerebro superiormente dotado; que asimila cuanto lee y á esos hombres el estudio les resulta grato por fácil y provechoso.

Su arrogante figura, la corrección de su vestir, la finura de su trato y la guachinanguería—passez-moi le mot — de su carácter hicieron lo de-

más. Llegó á Sagua y, nuevo César, llegó, vió y venció. ¿Quare causa? Sus conocimientos en cirujía: su extensa cultura médica; su persona agradable, fina, atenta; su zalamería, su carácter guachinango. Pedro Albarrán es de esos hombres que atraen, que seducen, que arrastran tras sí voluntades. Espíritu superior, alma generosa, en su corazón no alberga el odio ni anida la envidia. En la lucha por la existencia ha sabido ser grande, noble y generoso; merced á su cerebro dotado superiormente, á su alma dulce y tierna de niño inocente. Es un fiel idólatra del compañerismo.

Pedro Albarràn triunfará en la Habana como triunfó en Sagua. Triunfará porque tiene talento, porque es trabajador, porque sabe, porque vale.

Prueba de ello es que su consulta—Prado 87—se vé concurrida todos los días de enfermos de las vías urinarias; á pesar del corto tiempo que lleva Albarrán ejerciendo, despues de su regreso de París.

En Pedro Albarrán no hay nada... *fiado* al nombre de familia. Todo en él es verdad: Ciencia, simpatía y clientela.

Doctor Erastus Wilson.

Saludemos respetuosamente al extranjero digno, ilustrado y generoso que, viviendo en esa pocilga inmunda, donde todos los tíos *administran* la cosa pública se ha interesado por la salud pública y ha consagrado sus desvelos á propagar ideas salvadoras para el país, cuya higiene contribuye á mejorar.

Ha sido el más fecundo de nuestros escrítores médicos. En materias de higiene pública solo tiene un rival: el Dr. Arósiegui. El Dr. Delfín se vulgariza demasiado y resulta trivial. Caro, si bien fecundo, era un *neurasténico* que, en sus últimos años hablaba de la teobromina para hacer bombos al chocolate de Matías López, que es el peor de los chocolates que se expenden en Cuba. Reuniendo Wilson, méritos superiores á ninguno, por haber hecho su propaganda en el folleto y en el periódico cuando nadie se cuidaba de eso. Y no hoy, que hasta Joglar discute con Manín, sobre los microbios asturianos importados con las castañas. Hoy que toda la prensa se cuida de la Higiene, desde « El Comercio » hasta « Las Avispas. »

Del Dr. Wilson como Médico nada diré. Ape-

nas se llama Pedro. Se dedica al arte dental. Lleva más de cuarenta años cuidando las bocas de las cubanas. Si escribiera sobre los extragos del cigarrillo en nuestras dentaduras, mucho podría contarnos el buen Doctor. Fué indiscutiblemente durante largos años el mejor dentista de Cuba.

Después le surgieron competidores y naturalmente la clientela se repartió, pero la reputación se mantuvo incólume. Fué y es un hombre de verdadero mérito.

Dr. Gonzalo Aróstegui.

Es el Angel Pulido de la Habana. Entre nuestros escritores médicos ninguno más brillante que él, después de Esteban Borrero. Uno y otro son correctos, elegantes, sobrios. Borrero es más viril. Tienen algunos de sus artículos toques del estilo inglés, por exceso de precisión y por exceso de energías. Aróstegui emplea esa forma galana, elegante, propia del estilo de los escritores franceses.

El Dr. Aróstegui delata, escribiendo y hablando, su origen meridional. Es un exaltado por la Higiene. Imaginación viva, inteligencia superior, memoria feliz, retiene cuanto lee en los periódícos, libros y revistas extranjeras. Y digo extranjeras porque España en esta materia es gran consumidor y...productor nulo. Y digo nulo, porque Rodríguez Méndez (de Barcelona) es el único que se cuida de la Higiene, y los catalanes, aunque Cataluña pertenece á España, no son iguales al resto de los habitantes de la Península. Son, en cuanto á la producción literaria, en materia de Higiene, superiores á los demás.

Gonzalo Aróstegui es un expositor brillante. Díganlo sus artículos de *El País* sobre sanea-

miento de la ciudad de la Habana. El segundo es el mejor. Se adivina en él al hombre enamorado ciegamente de la Higiene, se percibe al sabio que propala ideas salvadoras y aspira á hacerlas llegar hasta las últimas capas sociales, con todo el entusiasmo del que sabe sentir lo bueno, lo verdadero, y lo bello.

Si este país llega á mejorar sus condiciones de vida, mucho deberá á la prensa política de la Habana, y mucha parte de esa gloria cabrá al Dr. Aróstegui.

Tiene el mérito, escribiendo, de dorar la piedra. Ataca con vigor al adversario pero envuelve las ideas en una forma tan dulce, que el herido apenas siente el dolor. Ha llorado la pérdida de dos celebridades médicas francesas con tal sentimiento y en frases tan patéticas, que la memoria retiene siempre el sentimiento hondo, inquebrantable de la ausencia de los sábios tal como si fuesen miembros queridos de la propia familia. Hay en el fondo de su carácter tal dosís de dulzura, que Aróstegui os hace la impresión del hombre justo y bueno, temeroso siempre de ofender á Dios y á los hombres. Y veáse como esta idiosincrasia del carácter de Aróstegui, como por este rasgo genial, Francia y Alemania se dan el abrazo en la Revista de Ciencias Médicas,» donde Jacobsen sintetiza la impavidez sajona y Aróstegui la vivacidad francesa.

Físicamente: Un *Casuso* hermoso, risueño, dulce y suave.

Dr. C. M. Desvernine.

La primera autoridad en Cuba, y una de las primeras de América en afecciones de la laringe. Ni más claro, ni màs turbio. Desvernine es una honra para Cuba y para España, porque no crean usdes. que Madrid y Barcelona, aun contando buenos especialistas, lo mejoran. Eso que digo no necesito probarlo. Ahí está el público indocto, el que necesita curarse; y ahí está el público docto, científico, el público de los congresos. Uno y otro prueban que es buena mi afirmación. Surgió Montané laringólogo é hizo algo durante la ausencia de Desvernine. Tornó este á los pátrios lares y Montané se corrió á la Antropología. Si Desvernine no valiera como sábio laringólogo valdría por su hermoso corazón. Protege desinteresadamente á un médico estudioso, que cultiva con provecho la laringología. Aludo al Dr. Emilio Martínez. Tal conducta hace el elogio de Desvernine; su mejor elogio. Quien vale y mucho como él, y no abriga mezquinas pasiones, vale doblemente.

Ha publicado sus estudios en el extrangero, donde le han granjeado legítima y merecida reputación.

En cuánto al hombre, brilla por su cultura superior, su trato ameno y su fealdad. Es despues de Romero Leal, el especialista más feo de la Habana. Ha cometido la torpeza de no hacerse reclamos ni darse bombos, pero el público que busca lo que necesita donde sabe lo puede encontrar, ha encontrado al Dr. Cárlos M. Desvernine en la calle de Cuba número 52, donde el sabio médico cubano dá consultas de 1 á 5 todas las tardes.

Si no anden ustedes bien de garganta ó de narices, véanse con Desvernine, en Cuba 52.

Doctor Emiliano Núñez.

El Hospital de San Felipe y Santiago era un baldón de ignominia. Los enfermos desvalidos que iban á él encontraban la muerte. Ni la ciencia de médicos eminentes, como Gallardo, ni la pericia de cirujanos hábiles, como Bango, les evitaban aquel aire infecto, mefítico, letal, que intoxicaba la sangre é infectaba, sus heridas. Aquello no era un Hospital. Aquello era el matadero. Urgía terminar de algún modo con aquel lamentable estado de cosas.

La mano generosa y caritativa de la Sra. Santa Cruz de Oviedo había hecho un legado cuantioso. Se necesitaba una alma grande, generosa, magnánima, dispuesta al heroismo, propensa al sacrificio y surgió el Dr. Emiliano Núñez de Villavicencio. La limosna se perdía para el pueblo habanero si no iba á ser bien dada. Núñez emprende su apostolado, se prepara á su obra redentora; no se arredra ante las amarguras con que debía tropezar, trabaja, persevera é insiste hasta que se coloca la primera piedra. La caridad inagotable del buen pueblo habanero hizo lo demás y en ese Hospital modelo que se llama Reina Mercedes se estarán besando sempiternamen-

te dos grandes almas: La Sra. Santa Cruz de Oviedo y el Dr. Emiliano Núñez.

Su físico no hace adivinar al hombre superior. Parece un hostelero anciano. Color rojo, pelo canoso, cara de rechoncha, bajo ; se pasea siempre con aire pensativo, hacia atrás las manos y el blanco pañuelo en la siniestra. Es hosco, bastante hosco. Parece un cabo de ronda pasando visita. Todo lo vé, todo lo husmea y sabe oler donde guisan. Sin estas pesquisas de él, sin su honradez, sin su constancia, ¿qué sería de los pobres enfermos? Les defiende su gramo de pan y su litro de leche. Ahorra centavo que sea. Les buscó buen aire y les hace alegre su triste hotel.

Cuantas reformas buenas hay en el «Reina Mercedes» á él se deben.

Como todo hombre superior, es modesto.

En su gran obra, él vé sencillamente el cumplimiento de un deber. En este peregrino país se dan cruces de Beneficencia por salvar á un catre de un incendio y, en cambio, á verdaderos filántropos como el Dr. Emiliano Núñez, no se otorga más distinción que... pagarle tarde y á regañadientes la asignación del «Reina Mercedes.» La carencia de recursos de dicho Hospital, hace encarecer el mérito de su Director-Administrador. Cuando sobra dinero, todo es fácil. Lo difícil, lo meritorio, es repetir el milagro de los huevos de oro.

Si su honradez le acredita, unida á su inteligencia, de buen administrador, enaltécele sobremanera la buena Dirección que ha impreso al servicio médico del Hospital. En el «Reina Mercedes» el personal médico es escojido y trabaja bien. Se hace mucha y mucha buena cirujía. Des-

de los métodos clásicos que cultiva el Dr. Bango, hasta el método á la dernière breveté s. d. g. que inaugura François Domínguez (a) Panchón.

Núñez es un buen Médico. Conoce profundamente las enfermedades del sistema nervioso. Tiene regular clientela. Y eso que no se dá bombos, y siendo muy moral, no aspira á moralizar la profesión como cierto Caton.

La posteridad, agena á la envidia de los contemporáneos, hará justicia á los méritos excepcionales del hombre noble, generoso y digno á cuya tenaz perseverancia y superior inteligencia se debe la existencia del Hospital « Reina Mercedes. » Dentro de cien años, quien lea este librejo, me perdonará lo mucho malo que contiene en obsequio al pudor con que le cierro. Broche de oro, es el nombre con que finalizo.

INDICE.

Páginas

Páginas

NUESTROS MEDICOS

POR

B. ESCOBAR.

Miguel A. Xiques
27.12.94
Habana


HABANA


TIPOGRAFIA DE «LA LUCHA.»
CALLE DE O-REILLY NUM. 9
1893

EN PREPARACION:

NUESTROS MEDICOS.—(SEGUNDA SERIE.)

EL CURANDERISMO.


THE ARMY MEDICAL LIBRARY, Washington, D.C.


THE ARMY MEDICAL LIBRARY, Washington, D.C.